

Izquierda Teoría y praxis

#9

Agosto 2024

**Discutiendo cultura
e identidad y
rememorando a
EP Thompson**

PRIMERA PARTE

PARTICIPAN EN ESTE NÚMERO

Pablo Pozzi
Kenan Malik
Gerardo Médica
Mauricio Archila Neira
Gerardo Necochea Gracia
Alejandra Pisani

Boletín del
Grupo de Trabajo
**Izquierdas y luchas
sociales en América
Latina**



Izquierda : teoría y praxis No. 9 : discutiendo cultura e identidad y recordando a EP Thompson / Pablo A. Pozzi ... [et al.] ; Coordinación general de Pablo A. Pozzi ; Mauricio Archila Neira. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2024.

Libro digital, PDF - (Boletines de grupos de trabajo)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-813-829-9

1. Clases Sociales. 2. Identidad. 3. Colombia. I. Pozzi, Pablo A., coord. II. Archila Neira, Mauricio, coord.

CDD 306.09

PLATAFORMAS PARA EL DIÁLOGO SOCIAL



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

Colección Boletines de Grupos de Trabajo

Director de la colección - Pablo Vommaro

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Directora Ejecutiva

María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory y Marcela Alemandi - Producción Editorial

Equipo

Natalia Gianatelli - Coordinadora

Cecilia Gofman, Marta Paredes, Rodolfo Gómez, Sofía Torres,

Teresa Arteaga y Ulises Rubinschik

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina. Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875

<clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

Coordinadoras/es del Grupo de Trabajo

Pablo Pozzi

Secretaría de Investigación y Posgrado,

Facultad de Filosofía y Letras

Universidad de Buenos Aires

Argentina

pozziablo@gmail.com

Mauricio Archila

Fundación Centro de Investigación y

Educación Popular

Colombia

marchila@cinep.org.co

Viviana Bravo Vargas

Departamento de Investigación y Postgrados

Universidad Academia de Humanismo

Cristiano

Chile

vivianabravo@gmail.com

Coordinadores del Boletín #9

Pablo Pozzi

Instituto de Estudios de América Latina
(INDEAL)

Facultad de Filosofía y Letras (UBA)

Argentina

pablo.pozzi@yahoo.com.ar

Mauricio Archila Neira

Universidad Nacional de Colombia

Fundación Centro de Investigación y

Educación Popular (CINEP)

Colombia

marchilan@gmail.com

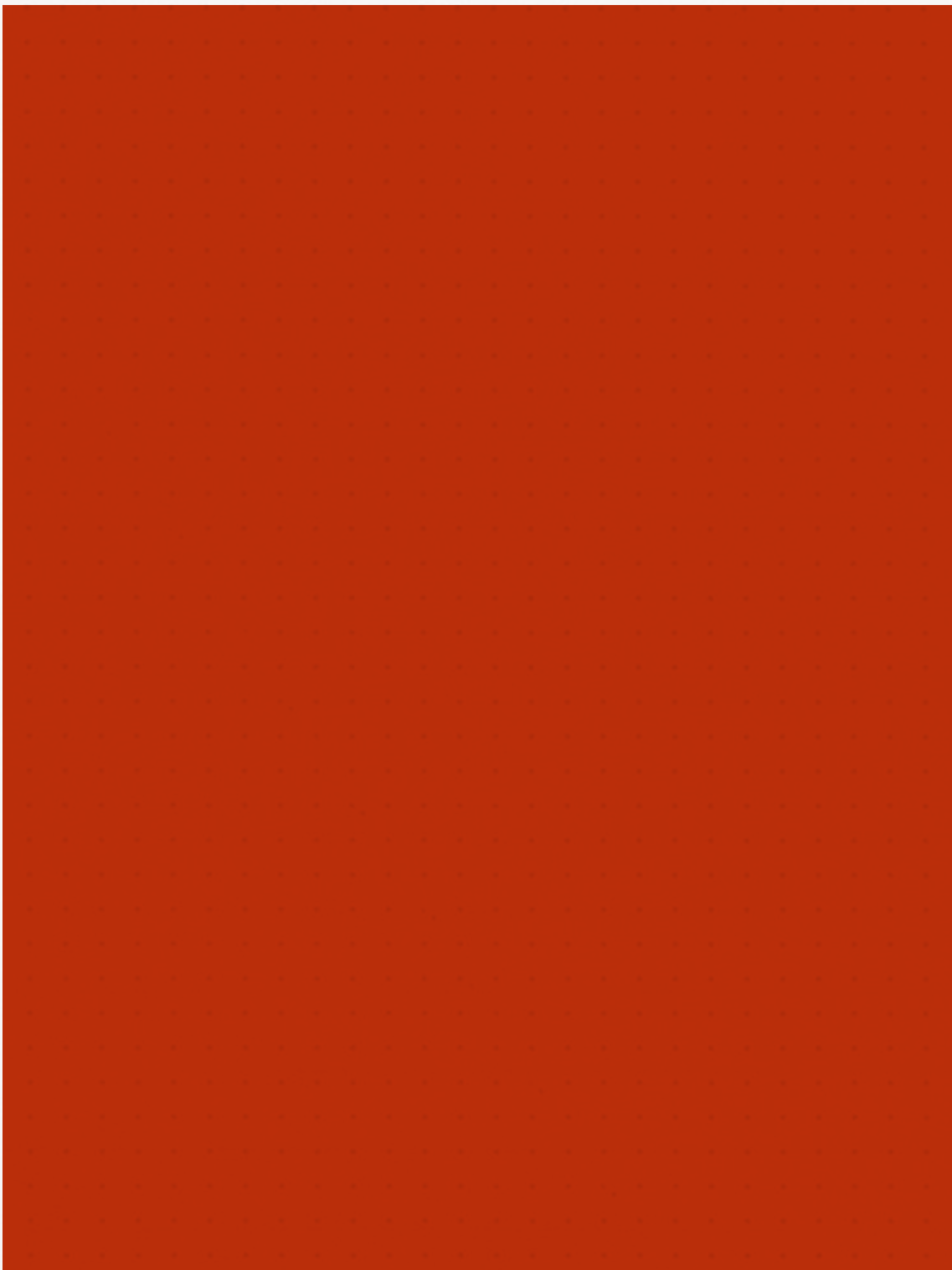




Contenido

- 5** Presentación
Pablo Pozzi
- 10** Lo que nos cuenta un historiador legendario sobre el desprecio por la clase obrera de hoy
Kenan Malik
- 15** Postales desde lo amateur sobre “La formación de la clase obrera en Inglaterra” de E.P. Thompson
Gerardo Médica
- 26** La identidad: una categoría útil para la Historia Social
Mauricio Archila Neira
- 34** Repensar la identidad y la conciencia de clase
Gerardo Necochea Gracia
- 43** De Artesanos a obreros en Colombia
Identidad y cultura en Archila Neira
Pablo Pozzi
- 54** Reseña
Alejandra Pisani







Presentación

Pablo Pozzi*

El pasado 28 de agosto se cumplieron 31 años de la muerte del historiador Edward Palmer Thompson. El gran historiador fue una mezcla rara, aunque no tanto hace medio siglo, de intelectual, militante, y filósofo. Al igual que otros grandes historiadores-militantes como Herbert Gutman, David Montgomery y Pierre Vilar, su obra no solo modificó el quehacer del historiador, sino que abrió nuevas perspectivas para comprender el desarrollo humano. Aun así, es notable, que una encuesta realizada en 2011 por la revista *History Today* lo nombró el segundo historiador más importante del siglo, detrás de Ferdinand Braudel. Lo que llama la atención es que conceptos como clase, experiencia, cultura, identidad, todos vinculados a la obra de Thompson siguen siendo discutidos el día de hoy, mientras que la “larga duración” braudeliiana ha tenido un impacto mucho menor. Quizás el problema con Thompson ha sido su marxismo militante, si bien iconoclasta, y su rechazo del academicismo tan caro a los moradores universitarios el día de hoy.

Hijo de padres metodistas, con un hermano muerto durante la Segunda Guerra luchando con partisanos comunistas búlgaros, Thompson estudió en el Corpus Christi College, de la Universidad de Cambridge, donde ingresó al Partido Comunista de Gran Bretaña (CPGB). En 1946, varios historiadores vinculados al CPGB, y liderados por la gran historiadora Donna Torr, conformaron el Grupo de Historiadores del Partido de los

* PhD en Historia (Stony Brook University) y Profesor Consulto de la UBA. Fue titular regular plenario de Historia de los Estados Unidos de América en la Facultad de Filosofía y Letras (Universidad de Buenos Aires). Co-coordinador del Grupo de Trabajo CLACSO Izquierdas y luchas sociales en América Latina.

cuales participaron Christopher Hill, Eric Hobsbawm, V.G. Kiernan, Raphael Samuel, Rodney Hilton, Maurice Dobb, Dorothy Thompson, A.J.P. Taylor y George Rudé. Este Grupo de Historiadores compartía la opinión de E. P. Thompson cuando señaló que: “Lo importante aquí está en que Marx está de nuestro lado, y no nosotros del lado de Marx. Su voz tiene una fuerza que jamás podrá ser silenciada, pero nunca ha sido la única voz, y su discurso no tiene un alcance ilimitado.” (Thompson, 1981, 294) En este sentido, el criterio era que el buen historiador marxista abreva en el conjunto del desarrollo del conocimiento humano, sin limitarse por los dogmas ideológicos, en un diálogo permanente con los contrarios y con la sociedad en general.

De este Grupo quizás la más importante e ignorada haya sido Donna Torr. En 1920 ella fue miembro fundador del Partido Comunista de Gran Bretaña. Posteriormente, trabajó en funciones políticas ayudando en las publicaciones del partido y actuando como mensajera durante la huelga general de Londres de 1926. Torr percibió la necesidad de impulsar los estudios históricos dentro del partido. Así, a partir de 1936, reclutó y formó a ese conjunto de intelectuales que hoy llamamos el Grupo de los Historiadores Marxistas Británicos. Todos ellos se refirieron a ella en ocasiones diversas para poner de relieve su rasgo característico: su enorme generosidad. Hizo gala de la misma durante los largos años en que fue un referente intelectual para estos hombres que intentaban desarrollar una nueva forma de hacer Historia a partir del análisis marxista. Uno de los más generosos en su elogio a Torr fue E. P. Thompson, que pasó muchos años trabajando estrechamente con ella en una biografía de William Morris, publicada por el partido. Describió su agradecimiento a Torr en el libro *William Morris* (1955):

“En repetidas ocasiones ha dejado de lado su propio trabajo para responder a mis preguntas o leer borradores de mi material, sentí que algunas partes del libro eran menos mías que una colaboración en la que sus ideas rectoras tenían el papel principal. Ha sido un privilegio colaborar con una erudita comunista tan versátil, tan distinguida y generosa”.

El primer trabajo académico importante de Thompson fue su biografía de William Morris, escrita mientras era miembro del Partido Comunista. Subtitulado *De romántico a revolucionario*, fue parte de un esfuerzo del Grupo de Historiadores del Partido Comunista. Este fue parte de un gran esfuerzo para rastrear las raíces internas del marxismo en Gran Bretaña, y así responder a los críticos que planteaban que el CPGB era un mero apéndice foráneo controlado por la URSS. Por otro lado, un subproducto de este estudio fue rescatar al Morris militante izquierdista alejándolo de los críticos que planteaban una contradicción entre su arte y su política.

En su prefacio a *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (1978: 30), E.P. Thompson expuso su enfoque para escribir la historia desde abajo:

Trato de rescatar de la enorme prepotencia de la posteridad al pobre tejedor de medias, al tundidor luddita, al «obsoleto» tejedor en telar manual, al artesano «utópico» e incluso al iluso seguidor de Joanna Southcott. Es posible que sus oficios artesanales y sus tradiciones estuviesen muriendo; es posible que su hostilidad hacia el nuevo industrialismo fuese retrógrada; es posible que sus ideales comunitarios fuesen fantasías; es posible que sus conspiraciones insurreccionales fuesen temerarias: pero ellos vivieron en aquellos tiempos de agudos trastornos sociales y nosotros no. Sus aspiraciones eran válidas en términos de su propia experiencia y, si fueron víctimas de la historia, siguen siendo víctimas, si se condenan sus propias vidas.

El pensamiento de Thompson también fue original y significativo por la forma en que definió “clase”. Para Thompson, la clase no era una estructura, sino una relación:

Y la clase ocurre cuando algunos hombres, como resultado de experiencias comunes (heredadas o compartidas), sienten y articulan la identidad de sus intereses entre ellos y frente a otros hombres cuyos intereses son diferentes (y generalmente opuestos) a los suyos. La experiencia de clase está determinada en gran medida por las relaciones productivas en las que nacen los hombres (o en las que entran involuntariamente). La conciencia de clase es la forma en que estas experiencias se manejan en términos culturales: encarnadas en tradiciones, sistemas de valores,

ideas y formas institucionales. Si la experiencia parece determinada, la conciencia de clase no lo es. Podemos ver una lógica en las respuestas de grupos ocupacionales similares que pasan por experiencias similares, pero no podemos predicar ninguna ley. La conciencia de clase surge de la misma manera en diferentes tiempos y lugares, pero nunca de la misma manera. (1978: 27)

Al redefinir la clase como una relación cambiante a través del tiempo, Thompson procedió a demostrar cómo la clase era digna de investigación histórica. Abrió las puertas a una generación de historiadores laborales, como David Montgomery y Herbert Gutman, que realizaron estudios similares sobre las clases trabajadoras estadounidenses.

Thompson abandonó la Universidad de Warwick en protesta por la comercialización de la academia, documentada en el libro *Warwick University Limited* (1970). Continuó enseñando y dando conferencias como profesor visitante, particularmente en los Estados Unidos. Sin embargo, trabajó cada vez más contribuyendo ensayos a *New Society*, *Socialist Register* y revistas históricas. En 1978, publicó *The Poverty of Theory* (1978) que atacaba el marxismo estructural de Louis Althusser y sus seguidores en Gran Bretaña en *New Left Review* planteando que era una variante del idealismo filosófico. El título se hace eco del de la polémica de Karl Marx de 1847 contra Pierre-Joseph Proudhon, *La pobreza de la filosofía*; y el del libro del filósofo Karl Popper de 1936 *La pobreza del historicismo*.

A finales de la década de 1970, Thompson adquirió una gran audiencia pública como crítico del desprecio de las libertades civiles por parte del entonces gobierno laborista; sus escritos de esta época están recopilados en *Writing By Candlelight* (1980). Desde 1981 en adelante, Thompson fue colaborador frecuente de la revista estadounidense *The Nation*.

Desde 1980, Thompson fue el intelectual más destacado del resurgido movimiento por el desarme nuclear, venerado por activistas de todo el mundo. En Gran Bretaña, su folleto *Protest and Survive*, una parodia del folleto gubernamental *Protect and Survive*, jugó un papel importante

en el resurgimiento de la fuerza de la Campaña por el Desarme Nuclear. Igual de importante es el hecho de que Thompson fue, junto con Ken Coates, Mary Kaldor y otros, autor del Llamamiento para el desarme nuclear europeo de 1980, en el que pedía una Europa libre de armas nucleares desde Polonia hasta Portugal, que fue el documento fundacional del desarme nuclear europeo. De manera confusa, END fue a la vez una campaña a nivel europeo que comprendía una serie de grandes conferencias públicas (las Convenciones END) y un pequeño grupo de presión británico.

REFERENCIAS

Thompson, Edward Palmer (1978). La formación de la clase obrera en Inglaterra. Barcelona: Editorial Guadarrama.

Thompson, Edward Palmer (1955). William Morris. London: Lawrence and Wishart.

Edward Palmer Thompson (1991). Customs in Common. Studies in Traditional Popular Culture. New York: The New Press.

Thompson, Edward Palmer (1989). Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial, España, Editorial Crítica, (Tercera Edición).

Thompson, Edward Palmer (1978). Poverty of Theory and other Essays. New York: Monthly Review Press.

Thompson, Edward Palmer (1981). Miseria de la teoría. Barcelona: Crítica.

Thompson, Edward Palmer (1965). The Peculiarities of the English. Socialist Register, No. 2.

Thompson, Edward Palmer (1994). Making History, Writings on History and Culture. New York: The New Press.

Thompson, Edward Palmer, ed. (1970) Warwick University Ltd: Industry, Management & the Universities. First published in 1970 by Penguin. New edition published in 2014 by Spokesman Russell House Bulwell Lane, Nottingham NG6 OBT, England.





Lo que nos cuenta un historiador legendario sobre el desprecio por la clase obrera de hoy

Kenan Malik*

No es frecuente que, siendo adolescente, te atrape un volumen de 900 páginas (a menos que figure “Harry Potter” en el título). Y menos todavía cuando se trata de un libro de historia denso, que cuenta con meticuloso detalle historias de tejedores y mineros, zapateros y carpinteros de ribera del siglo XVIII.

Sin embargo, aún puedo recordar cuando me tropecé por vez primera con *The Making of the English Working Class*, [*La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Capitán Swing, Madrid, 2012] de E.P. Thompson, en una librería. No tenía ni idea de su importancia cultural ni de su lugar en los debates historiográficos. No sabía lo que significaba “historiografía”, ni siquiera que tal cosa existiera. Pero aún puedo sentir la emoción de abrir el libro y leer en el primer párrafo: “La clase obrera no salió como el sol a una hora determinada. Estuvo presente en su propia creación”. No sabía que era posible escribir sobre la Historia de esa manera.

Todavía conservo aquella vieja edición de Pelican, maltrecha y marcada a lápiz, con el grabado de George Walker de un minero de Yorkshire en

* Senior Visiting Fellow en la University of Surrey (Gran Bretaña). Su especialidad son los estudios multiculturales y de la raza. Autor invitado a participar del Boletín.

la portada; un libro en el que sigo sumergiéndome, por el puro placer de la prosa de Thompson y porque cada lectura me proporciona una nueva perspectiva.

Si Thompson siguiera vivo, habría cumplido 100 años el sábado [3 de febrero]. La ocasión se conmemoró con un pequeño congreso en Halifax, ciudad en la que Thompson vivió durante muchos años, mientras impartía clases en Leeds y escribía su libro. Pero más allá de eso, ha habido poca fanfarria.

The Making of the English Working Class, que sigue en catálogo más de 60 años después de su primera edición, ha adquirido un estatus casi mítico. Sin embargo, el propio Thompson ha desaparecido de nuestro horizonte cultural. El historiador Robert Colls señaló hace una década que cuando, en 2013, Jeremy Paxman preguntó, en las semifinales del University Challenge [célebre y veterano concurso televisivo de la BBC para estudiantes universitarios], quién había escrito *The Making of the English Working Class*, “nadie lo sabía”.

La obra más influyente de Thompson se escribió en el momento álgido del influjo de la clase obrera en la política británica. Hoy en día, la antigua clase obrera industrial, sobre la que escribió Thompson, ha quedado en gran parte deshecha, políticamente marginada y despojada de su poder social. Son pocos los que consideran la clase un concepto fértil en el pensamiento histórico, y menos aún un fundamento de la política progresista. Sin embargo, los mismos cambios que han llevado a la desatención contemporánea respecto a Thompson hacen también que sus argumentos sean significativos.

El núcleo del libro de Thompson se centra en volver a imaginar la clase y la conciencia de clase. La clase, escribió, “no es una cosa”, ni una “estructura”, sino un “fenómeno histórico” a través del cual los desposeídos “como resultado de experiencias comunes (heredadas o compartidas), sienten y articulan la identidad de sus intereses entre sí y frente a otros

hombres cuyos intereses son diferentes (y normalmente opuestos) a los suyos”.

Thompson andaba argumentando en contra tanto de la visión conservadora de las relaciones de clase como descripción de “la armoniosa coexistencia de grupos que desempeñan diferentes ‘papeles sociales’” como de una forma de determinismo económico que imagina, como dijo posteriormente en una entrevista, que “una especie de materia prima como los campesinos ‘que acuden en masa a las fábricas’” podría “procesarse en tantos metros de proletarios con conciencia de clase”. Para Thompson, la clase obrera “se hizo a sí misma tanto como fue hecha”. Esta idea de agencia, de personas que, incluso en las circunstancias más desfavorables, poseen la capacidad de actuar sobre el mundo, fue central en la obra de su vida.

Thompson fue marxista, y miembro del Partido Comunista, que abandonó a disgusto en 1956, tras la represión soviética de la revolución húngara, y ayudó a fundar la Nueva Izquierda. Sin embargo, su marxismo estaba impregnado de otras dos tradiciones: la del protestantismo radical, de los *levellers* y los *diggers* del siglo XVII a disidentes posteriores, como cuáqueros y baptistas, y la del romanticismo, articulada con mayor fuerza por William Blake, tema del último libro de Thompson, publicado póstumamente. Este marxismo romántico y disidente dejó una profunda impronta en la erudición histórica de Thompson, en sus debates polémicos y en su activismo político.

La frase más célebre de *The Making of the English Working Class* es la declaración de Thompson acerca de “rescatar al pobre mediero, al cosechador ludita, al ‘obsoleto’ tejedor de telares manuales, al ‘utópico’ artesano” del “enorme desdén de la posteridad”. Lo que venía a decir era que, desde nuestro punto de vista, un movimiento como el de los luditas, trabajadores textiles que a principios del siglo XIX se opusieron a la introducción de nueva maquinaria y la destruyeron, podría parecer retrógrado e irracional: su propio nombre es sinónimo de oposición insensata

a la innovación tecnológica. Sin embargo, a los ojos de Thompson, no se trataba de “ciega oposición a la maquinaria”, sino de una lucha contra la “libertad” del capitalista para destruir las costumbres del oficio, ya fuera por medio de nueva maquinaria, mediante el sistema de fábricas o... rebajando los salarios”.

Todos estos temas son quizás más relevantes hoy que cuando Thompson escribió su libro. Su concepción de la clase no como algo, sino como una relación, que no viene dada, sino que se forja a partir de la lucha, es tan significativa para esta era postindustrial como lo fue en el análisis del advenimiento de la industrialización.

La empatía de Thompson con quienes se ven obligados a luchar en un terreno social inhóspito también nos reserva lecciones. Hoy en día, la cuestión estriba en el enorme desdén, no de la posteridad, sino del presente: el desprecio por la clase trabajadora, la hostilidad hacia los “gorrones” de las prestaciones sociales, la burla hacia quienes se ven obligados a recurrir a los bancos de alimentos, la indiferencia ante la injusticia. También es visible en el desprecio por el supuesto fanatismo y conservadurismo de la clase trabajadora o en el desdén por quienes votaron de modo equivocado o se han desilusionado con la izquierda. La insistencia de Thompson en que “sus aspiraciones eran válidas en función de sus propias experiencias” es tan necesaria de reconocer ahora como entonces.

Hay, como han señalado los críticos, ausencias en el relato de Thompson. Las mujeres se encuentran en buena medida ausentes en *The Making of the Working Class*, al igual que el mundo más amplio, sobre todo las repercusiones de la esclavitud y el colonialismo en la conciencia de clase, lo cual resulta extraño, considerando la influencia de los radicales de clase obrera en el movimiento abolicionista. También hay momentos en los que el romanticismo de Thompson se acerca incómodamente a la desesperación por la modernidad.

Empero, a despecho de todas las críticas, *The Making of the English Working Class* no supone sólo un magnífico trabajo de excavación histórica, sino también una fastuosa aportación al espíritu humano, a la capacidad de las personas para trascender sus circunstancias e imaginar colectivamente un mundo mejor. “El arte de lo posible”, tal como escribió Thompson, “sólo puede verse refrenado para que no abarque todo el universo si lo imposible puede encontrar la manera de irrumpir en la política, una y otra vez”.

Publicado en *The Observer*
4 de febrero de 2024



Postales desde lo amateur sobre “La formación de la clase obrera en Inglaterra” de E.P. Thompson

Gerardo Médica*

A Viviana por ser mi Dorothy de arrabal
y a Pablo Pozzi por las fotocopias en la crisis del 2001.

Introducción

Estimar un comienzo entre la multiplicidad de alternativas de apertura de este escrito ha sido dificultoso y contradictorio. Contiene en su sustrato y a lo largo de su construcción una vacilación condicionante, una justa cuota de pudor ante la obra que se refiere y también una fuerte sensación de incertidumbre. Por otra parte, al escribir siempre uno ansía que exista al menos ciertos lectores que penetren el texto –que se coloca en consideración– desde un “afuera” a partir de una exterioridad amenazante que se precipite al seno de la interioridad propia de la elaboración de una

- * Lic. en Enseñanza de la Historia (CAECE). Prof. a cargo de la Cátedra Historia del Sistema Educativo Argentino (Escuela de Formación Continua/UNLaM). Investigador de la Junta de Estudios Históricos de La Matanza (JEHLM/SEU/UNLaM). Ha publicado artículos sobre historia oral en revistas nacionales e internacionales. Fue premiado en el año 2012 por la RELAHO y en el 2022 por el Senado de la Nación Argentina en el marco del Concurso de Ensayo Histórico “Malvinas: Una historia de soberanía argentina”. Entre sus libros se destacan: “El perfume de los almendros. La resistencia peronista en La Matanza (1955-1969) (2019) e “Historia oral desde los arrabales. Voces y grafías desde La Matanza y un poco más allá...” (2020). Autor invitado a participar del Boletín.

grafía (Ferro, 2010, p. 7). Lo producido desde esta maniobra de escritura (cuando se concreta) seguramente perderá el resguardo de lo íntimo, y un acá (el contexto desde donde se produce el texto) quedará rasgado por el allá (otros que lo leen) y en medio sin más, aflorará la desnudez de quien produce esa grafía. Es así que en este desplazamiento de los lectores entre ese allá y este acá, otearán sobre las hojas inscriptas (y la desnudez expuesta) con expectativas y motivaciones ajustadas a un cúmulo de sentidos: la errancia superficial desinteresada, la necesidad de hallar una novedad o incluso toparse con conceptualizaciones preponderante que lo impacten.

A aquellos lectores que imaginan toparse con conceptualizaciones preponderantes, lamento decepcionarlos y decirles sencillamente que este texto es en su morfología un conjunto de pensares y sensaciones que se imbrican con la lectura, relectura y usos de un libro: “La formación de la clase obrera en Inglaterra” (Thompson, 1989 [1963]) a sesenta años de su aparición; un texto producto de una mirada donde se mixturán lo amateur y el margen de la academia en tanto posición de historiador, mi práctica por más de treinta años como docente de sectores populares en el Gran Buenos Aires (GBA) y mi pertenencia a la “clase obrera argentina” en un contexto de derrotas de cuatro décadas. Esta mirada escogida puede ser ajustada, criticada o vista como irrelevante porque en definitiva no persigue una ojeada epistemológica sobre los usos, lecturas y relecturas de “La formación...”, es más bien y tan sólo una excusa para narrar con un sesgo biográfico –poniendo en juego un yo (Jablonka, 2014, p. 104) – mi vínculo con este libro. No haré un recorrido pormenorizado de las lecturas y usos de las nociones/categorías de las me nutrí con “La formación...” para abordar distintas investigaciones sobre la Resistencia Peronista en La Matanza (Buenos Aires) (Medica, 2020), experiencias de obreros, vecinos y colectivos LGBTIQ de La Matanza (Médica y Villegas, 2020), entre otros. Puntualmente me detendré en mi primer vínculo con “La formación...” y su uso concreto para interpretar la recuperación de la fábrica “La Baskonia” (Gregorio de Laferrere, La Matanza) por sus obreros a través de una añeja realización que intento reflejar en un video

documental denominado “El hierro acaricia...no quema’ Cooperativa LB” (Médica y Vilas, 2003) y tratar desde allí (a casi veinte años del hecho) de dar respuestas laterales, imprecisas e inacabadas a una de las interpe-laciones propuestas por el boletín en el que se inscribe este texto: “¿Qué tiene la clase: conciencia, cultura o identidad?”. Interpelación que puede ser entendida también como: ¿Cuál es la esencia de la clase?

Antes de adentrarme concretamente a despuntar lo anteriormente fijado como norte, quisiera destacar que “La formación...” es un libro que me ha permitido campear el contexto de existencia al que referí con anterioridad y es una obra a la que uno siempre vuelve, transita como la primera vez y revisita. En otras palabras uno mora el libro, lo camina (hablando en un lunfardo argento) y su relectura la siente como una narrativa histórica potente sobre la temática específica que aborda, ponderándola como una herramienta en el marco de un cúmulo de instrumentos de una caja de herramientas que ha podido constituir con el pasar de Cronos como historiador (marginal por cierto) despertando algo más, también senti-res: es una narrativa histórica que ante la iteración de lecturas producto de morarlo me ha sido de utilidad para interpelar mi espacio biográfico (mi situación como obrero durante el menemismo, mis padres obreros, mi barrio obrero y el dolor de la pérdida). Si se me permite el despuntar de un vocablo más arrabalero que técnico histórico –ligado a la idea de una caja de herramientas– que pueda ser de utilidad para la investiga-ción y establecer una metáfora: “La formación...” de E. P. Thompson y las nociones/categorías que ofrece (destaco la noción de “experiencia”), a la sombra de un taller común (supongamos de automotores), tiene la nobleza de ser como una “tenaza” frente a otras herramientas más so-fisticadas pero reemplazables. Una tenaza que a simple vista puede ser arcaica, elemental, tosca, rudimentaria pero efectiva y necesaria. Y no menos importante de afirmar es que una tenaza no sólo es útil en un ta-ller automotor sino también en cuestiones mucho más domésticas como esto de andar viviendo y resolviendo situaciones que nos permitan en-tendernos en esta vida obrera que nos toca vivenciar. Esto de entender irreductiblemente que: “La clase la definen los hombres mientras viven

su propia historia, y al fin y al cabo ésta es su única definición” (Thompson, 1989, p. XV).

En la inmediata anterioridad hablé ciertamente de morar iteradamente y cíclicamente sobre “La formación...”, ese alojarse en continuo sobre él/ella es simbólicamente y materialmente siempre un acudir a “esa tenaza del taller” como expresión mínima para comenzar a indagar aspectos ligados a los sujetos que me interesan investigar para luego, si es necesario, complementarla.

Este morar sobre “La formación...” de E.P. Thompson escrito hace sesenta años, no es una acción mecánica sino es una acción que destila efectos más complejos que pueden emparentarse con que:

Algunas veces leemos de un modo lógico, en ocasiones con los ojos, otras con la imaginación, otras con una pequeña parte de la mente, otras del modo en que queremos, otras del modo en que quiere el libro, y en otras con todas las fibras de nuestro ser (Pamuk, 2011, p. 12).

“La formación...” condensa para mí todo ese movimiento de lecturas poniendo en juego relaciones con la racionalidad histórica, con lo afectivo e incluso con un compromiso político. Como obra desde su aparición y acogida en diferentes contextos despertó y despierta en sus lectores adhesiones: complejas, reservadas pero también críticas (no me detendré en las críticas del marxismo estructuralista, ni del posmarxismo o incluso críticas del feminismo) por lo que dice el texto y por lo que no dice el texto donde se anudan críticas fundadas y críticas por omisión. Estas críticas a mi entender son importantes porque sirven para interpelar a la obra forzando su relectura, promoviendo una idea de engorde del libro (lo que dice, lo que no dice y lo que queremos que diga) y en medio de todo eso, “La formación...” soporta los embates del tiempo permeado por adhesiones y críticas teniendo la nobleza y el valor de una “tenaza” como herramienta necesaria de una caja de herramientas variadas. Por último, para concluir esta introducción, este texto es sencillamente un libro clásico

que de acuerdo con las ideas Jorge Luis Borges (1974): “Clásico no es un libro (lo repito) que necesariamente posee tales o cuales méritos; es un libro que las generaciones de los hombres, urgidas por diversas razones, leen con previo fervor y con una misteriosa lealtad” (p.772).

El viejo Canal 7, Pozzi, “La Isla de Capri” y Thompson desde La Matanza

Profesionales de la historia más mentados que yo dan cuenta que el recibimiento, la lectura y los usos de “La formación...” en la historiografía argentina es visible a fines de la dictadura militar del '76 (Lobato, 2013), que su recepción estuvo condicionada por el Programa de Estudios de Historia Económica y Social (PEHESA) y que a partir del año 2001 este texto y las obras de Thompson son ampliamente citadas de modo mecánico en estudios sobre la clase obrera (Nieto, 2013). En lo estrictamente personal, la primera vez que supe de E.P. Thompson fue de manera casual por el año 1986 cuando tiempo después de la Guerra de Malvinas, ATC (Argentina Televisora Color o el viejo Canal 7 de TV.) emitía el documental “Malvinas, historias de traiciones” (Denti, 1984). Mi mirada frente a ese programa lejos de ser voluntaria, formaba parte de las obligaciones escolares impuestas en la escuela industrial por el recordado profesor Sergio “Chupete” Segovia a cargo de la materia de cuarto año Electrotecnia I. Este profesor era un militante del MAS (Movimiento al Socialismo) y había llegado al industrial luego de que lo “rajaran” de la fábrica Philips a fines de 1980 y por ese entonces, tenía fuertes pujas con mi profesora de Historia propensa siempre a explicar el mundo con el manual de Historia de José Cosmelli Ibáñez (1986). Las clases de “Chupete” cubrían temas específicos de la Electrotecnia I como la Ley de Ohm, los circuitos eléctricos en serie y en paralelo, los problemas de la historia argentina y sus vivencias como obrero y militante de izquierda.

Mi primer registro de Thompson es de ese tiempo y por ese documental, donde un tipo canoso era presentado en el zócalo de la pantalla diciendo:

“E.P. THOMPSON-Líder del Movimiento Antinuclear”. Este personaje con tono pausado pero potente, explicaba la Guerra de Malvinas teniendo en cuenta la crisis socioeconómica británica y argentina como raíz y excusa del conflicto. En ese momento, lo que expresó me impactó sin sospechar que tiempo después me convertiría en su fiel lector.

Luego de lo anecdótico del film sobre Malvinas, Thompson se perdió en el caer de los calendarios de mi vida para reaparecer con “La formación...” mucho tiempo después por el año 2001 de la mano de Pablo Pozzi. Don Pablo por ese entonces era mi profesor en la universidad CAECE de Buenos Aires y desde su cátedra promovía la lectura de la obra e incluso facilitaba su acceso con fotocopias (comprar un libro de Thompson era imposible en medio de la crisis de Argentina a comienzos del S.XXI). Paralelamente a la cursada, por esos días con un grupo de profesores de Historia y gente interesada en rescatar historias locales (Néstor Ré, Julián Ramos, Leticia Gómez y Mariano Bicher) nos reuníamos en la “Isla de Capri” (un viejo bar frente a la estación de ferrocarril de Laferrere, La Matanza) para proyectar posibles investigaciones, organizar la pintada de murales, muestras de arte o filmar videos con un colectivo de artistas de La Matanza (al que luego nos incorporamos) llamado Taller Zaguán al Sur. En esas reuniones, en una suerte de pase de la universidad a “La Isla de Capri”, “La formación...” se convirtió en un material obligatorio de lectura y de discusión donde el libro aportaba demasiado ante lo que proyectábamos hacer. El libro de Thompson en esos confines del GBA, no era leído desde una perspectiva marxista o dentro de una tradición marxista. Su lectura era más laxa o incluso más utilitaria con el objetivo de salvar una urgencia: “aprehender” una nueva herramienta para visibilizar el pasado y también las realidades sociales presentes en clave local. Lo que nos sorprendía de este libro construido con una prepotencia heurística admirable y una hermenéutica desbordante, era la no preeminencia de aspectos teóricos pesados y primordialmente, la noción de “experiencia” (Thompson, 1989, pp. XIV-XV). En un lenguaje común usado en la mesa de aquel bar, la experiencia era denominada “la cosa” que tenían “los tipos” por vivir o haber vivido y esa “cosa” era la que teníamos que

intentar visibilizar y explicar. Esa noción básica de experiencia emergería tiempo después (“con el diario del domingo digamos”) en términos del historiador Agustín Nieto (2018):

1) Como vivencias comunes; 2) como vivencias determinadas por las relaciones de producción (explotación); 3) como mediación entre ser social y conciencia social; 4) como elemento subyacente de identidades y subjetividades; 5) como vivencia objetiva; 6) como proceso exterior que se interioriza como vivencia; 7) como vivencia que marca, colorea y/o deja una huella en la conciencia; 8) como materia prima de lxs historiadors (p. XXXIV).

Con el librito de Thompson leído, discutido en “La Isla de Capri” y con una vieja cámara Panasonic Beta, tomamos la decisión de realizar un documental sobre el cierre (2001) y recuperación de la Fábrica “La Baskonia” (2002). Convivimos en ella con los obreros por más de dos meses realizando entrevistas, rescatando papeles administrativos que habían quedado, denuncias judiciales que habían realizado e incluso tuvimos acceso a fotos y filmaciones que ellos tomaron durante el conflicto y su recuperación. Fuimos, a tono de confesión, a intentar reconstruir ese proceso de recuperación sin ser muy conscientes que había que tener en cuenta el concepto de “la cosa” que habíamos rescatado de “La formación...” ya que teníamos la firme idea de que la fábrica se había recuperado porque los obreros eran mayoritariamente peronistas y que su “identidad” había sido más que suficiente para la faena. Durante el proceso de realización del documental, en su edición o incluso con el material que quedó fuera del film, la explicación de que la recuperación se había consolidado porque los obreros tenían una identidad peronista se hacía polvo en el viento. En primer término, no todos tenían una identidad peronista: había “peronistas de Perón”, menemistas, “zurdos”, “gorilas” y otros que se identificaban como evangelistas. Esto nos colocaba frente a las narices que la identidad política/identidades políticas eran variadas y que lejos de explicar el proceso de recuperación, esta experiencia vivida estaba más relacionada a “identidades de intereses” (Thompson, 1989, p.

423), “un nosotros contra ellos” en un momento histórico determinado donde la Argentina se encontraba en una crisis profunda. Desde ese razonamiento precario –el nuestro digo–, esa “identidad de intereses” (no hablo de una identidad de clase) era expresión de una “conciencia de clase” (Thompson, 1989, p. 423) no con un sentido de producir una revolución antisistema capitalista en La Matanza, sino más bien asociado a que:

[...] las gentes se encuentran en una sociedad estructurada en modos determinados (cruciales, pero no exclusivamente en relaciones de producción), experimentan la explotación (o la necesidad de mantener el poder sobre los explotados), identifican puntos de interés antagónico, comienzan a luchar por estas cuestiones y en el proceso de lucha se descubren como clase, y llegan a conocer este descubrimiento como conciencia de clase. La clase y la conciencia de clase son siempre las últimas, no las primeras, fases del proceso real histórico (Thompson, 1989a, p. 37).

En la filmación y construcción del film sobre el conflicto y recuperación de la planta, las principales expresiones de conciencia de los obreros de la ex fábrica “La Baskonia”, estaban asociadas a una lucha que se sostenía bajo las nociones de “compañerismo” y la solidaridad de vecinos y docentes acercando alimentos durante la toma o acompañando peregrinaciones (expresión de religiosidad) al santuario del “Gauchito Gil” de la ciudad de Gregorio de Laferrere. No menos importante de destacar que muchos de los obreros durante el conflicto en pos de resistir traían al presente durante las entrevistas un “cómo hacer” para resistir, luchar o resolver el conflicto recurriendo a memorias y transitorios de otras luchas. Un obrero como el tucumano “Pan Caliente” contaba el hacer de su padre contra el cierre de ingenios en los tiempos de Onganía; Juan Fernández y su mujer, ambos militantes de izquierda, también compartían la idea (por contacto con los obreros de Zanón) que tras la recuperación, la fábrica permaneciera bajo control obrero. Otros narraban también que estrategias implementarían frente a un posible desalojo de la empresa tomada; recursos subsidiarios a recuerdos propios o de otros con centro en la lucha. Las expresiones de conciencia, “el cómo hacer” y el universo

de sentimientos vivenciados como por ejemplo el “compañerismo” y la “solidaridad” en el proceso de lucha/experiencia –o dicho de un modo coloquial en el proceso de “la cosa”–, no afloraban de un abstracto de nieblas sino que estaban producidos, sostenidos y arraigados en “un sistema de significantes a través del cual necesariamente (aunque entre otros medios) un orden social se comunica, se reproduce y se investiga” (Williams, 2015, p. 13). Es decir una cultura, una cultura obrera y popular argentina o incluso una cultura de izquierda como producto de una larga construcción y resignificación desde fines del S. XIX al presente (Pozzi, 2020).

A modo de cierre

En un principio hablé por “allá”, que este texto era un intento de ofrecer al lector una desnudez donde se combinarían lo personal, prácticas (o al menos una práctica) en vínculo con eso de hacer historia desde La Matanza con sesgo amateur y su relación con la lectura y uso iniciático de “La formación...” de E. P. Thompson hace más de veinte años. Con una estrategia de amalgama o de encastres de rompecabezas traté (no sé si lo logré) de ir generando respuestas a eso de: “¿Qué tiene la clase: conciencia, cultura o identidad?” o replantear el interrogante a: “¿Cuál es la esencia de la clase?”

La respuesta global, vacilante o diluida creo que la fui construyendo narrando el uso de “La formación...” y pivotando reflexiones sobre la construcción y balance del film “El hierro no quema...” como un ejercicio práctico y retrospectivo por así llamarlo. Un ejercicio de historia desde los arrabales impactado por el libro de E.P. Thompson donde “la cosa” (vista como experiencia y cultura) emergía como parte de la “tenaza” en la que se convertiría “La formación...”

A su vez, si estimo una respuesta más ceñida o concreta a la interpelación en cuestión (llena de imperfecciones, amateurismo y ligadas a sentires):

la clase tiene conciencia (o al menos expresiones o niveles de conciencia), tiene identidad (por lo menos “identidad de intereses” y tiene cultura (“el conjunto de significantes” para producir, tamizar e incluso crear “cómo hacer”, “cómo vivir” o “cómo luchar”). En esta tríada que tiene la “clase”, lo exponencialmente a considerar –según mi entender– es la cultura (“por lo menos ciertos sentidos y contenidos”) que junto a la experiencia son un nexo y dan cuenta o expresan conciencia o identidades en un momento histórico y en un momento cultural entendido como proceso. Es decir: “Es la cosa de donde nace la cosa, se resignifica la cosa, se transmite la cosa y se le da sentido a la cosa” de acuerdo a lo entendido en aquella desamparada mesa donde nos reuníamos en “La Isla de Capri”.

Por último, para ir cerrando y esperando que el “allá” de los lectores este llegando con cierto grado de clemencia, sólo puedo expresar como lo anticipo en un lejano comienzo del texto, que el aporte presentado en esta narración no está atado a una brillante reflexión teórica sobre “La formación...”, ni es haber logrado una respuesta lúcida a la pregunta que articula y atraviesa este boletín. Fue o es tan sólo una narración que bajo esas excusas intentó homenajear a E. P. Thompson desde los arrabales. Mientras tanto, en este “acá” en espera de alguna señal del “allá” de los lectores, “La formación...” en este morarlo/la permanentemente “me sigue formando”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Borges, Jorge Luis (1974). Sobre los clásicos. En Jorge Luis Borges, *Obras completas 1923-1972* (pp. 772-774). Buenos Aires: Emecé Editores.

Cosmelli Ibáñez, José (1986). *Historia 4: Instituciones políticas y sociales hasta 1810*. Buenos Aires: Editorial Troquel.

Denti, Jorge (Director). (1984). *Malvinas, historia de traiciones* [Documental]. Argentina/México: Denti producciones.

- Ferro, Roberto (2010). Prólogo. En Noé Jitrik, *Verde es toda teoría: literatura, psicoanálisis, lingüística* (pp. 7-9). Buenos Aires: Liber Editores.
- Jablonka, Iván (2014). *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las Ciencias Sociales*. Buenos Aires: FCE.
- Lobato, Mirta (2013). Edward Palmer Thompson y su Formación de la clase obrera en Inglaterra: una lectura posible. *Rey Desnudo*, 3 (2), 370-391. <https://reydesnudo.com.ar/re-y-desnudo/article/view/124/120>
- Médica, Gerardo (2019). *El perfume de los almendros: La Resistencia Peronista en La Matanza 1955-1960*. Buenos Aires: Zeta Ediciones.
- Médica, Gerardo y Santiago Vilas (Directores) (2003). *“El hierro acaricia... no quema” Cooperativa LB* [Documental]. La Matanza: Taller Zaguán al Sur.
- Médica, Gerardo y Viviana Villegas (2020). *Historia oral desde los arrabales. Voces y grafías desde La Matanza y un poco más*. Buenos Aires: Ediciones Z.
- Nieto, Agustín (2013). Los usos de E. P. Thompson en la historiografía “argentina”: Un itinerario posible. *Rey Desnudo*, 3 (2), 431-443. <https://reydesnudo.com.ar/re-y-desnudo/article/view/124/122>
- Nieto, Agustín (2018). *Entre anarquistas y peronistas. Historias obreras al ras del suelo*. Buenos Aires: Ediciones Imago Mundi-Ediciones Centro de Estudios Históricos de los Trabajadores de las Izquierdas.
- Pamuk, Orhan (2019). *El novelista ingenuo y sentimental*. Barcelona: Random House Mondadori S.A.
- Pozzi, Pablo (2020). *¡Usted es comunista! Estudios sobre clase, cultura y política en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires. Prometeo Libros.
- Thompson Edward Palmer (1989). *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (2 Vols.). Barcelona; Crítica [1ª ed. en inglés: 1963].
- Thompson, Edward Palmer (1989a). *Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*. Barcelona. Crítica.
- Williams, Raymond (2015). *Sociología de la cultura*. Buenos Aires: Ediciones Paidós.





La identidad: una categoría útil para la Historia Social

Mauricio Archila Neira*

“Pensaba y sigo pensando que la propuesta identitaria era más cercana a una investigación histórica no teleológica y que en cambio la pesquisa por la conciencia me llevaba a vericuetos académicos y políticos con los que estaba rompiendo, especialmente con el acercamiento leninista al mundo obrero” (Archila, 2023: 467).

Lo que me propongo en este corto ensayo es mostrar la utilidad de la categoría “identidad” para la Historia Social, especialmente la de movimientos y clases sociales, como señalaba recientemente en el postfacio a la reedición de *Cultura e Identidad Obrera*. En las ciencias sociales y particularmente en la Historia, la identidad es un concepto muy debatido sobre todo por las compañías con que se la asocia.¹ Algunos historiadores sociales y sociólogos la remontan a elementos primordiales de origen racial o religioso o de pertenencia como el Estado Nación, por lo que supuestamente homogeniza y unifica a los colectivos. Desde esta perspectiva, las políticas de identidad generarían mitos o tergiversaciones del pasado, y en cualquier caso serían un lastre para los actores sociales modernos. Para otros estudiosos del pasado, en cambio, la identidad es una condición que no remite necesariamente a un pasado originario

* Ph. D. en Historia, Profesor Titular (pensionado) de la Universidad Nacional de Colombia, investigador asociado del Cinep y co-coordinador del Grupo de Trabajo CLACSO Izquierdas y luchas sociales en América Latina.

¹ El uso de esta categoría provocó un debate en la reedición de mi libro, especialmente por parte de los colegas del citado GT, Pablo Pozzi y Gerardo Necochea. Ver sus comentarios al final de ese texto. Aquí les respondo indirectamente.

y esencial, sino a la distinción frente a los otros. En eso parece coincidir la definición de la RAE, para la que, además de ser una “cualidad de lo idéntico”, la identidad es “un conjunto de rasgos propios de un individuo o de una colectividad que los caracterizan frente a los demás” o es la “conciencia que una persona o colectividad tiene de ser ella misma y distinta a las demás”. Estudiemos cómo ha sido abordada esta debatible categoría en las ciencias sociales para concluir sobre su utilidad o inutilidad para la Historia.

Desde los años setenta, el sociólogo francés Alain Touraine reconocía que la identidad era uno de los tres principios para definir un movimiento social, pues delimitaba los intereses comunes de los colectivos. Los restantes principios son el de oposición o lo que diferencia unos grupos sociales de otros; y el de totalidad, que consiste en salir de lo particular hacia lo más universal (Múnica, 1998: 36). Pero cuando reflexiona sobre las políticas de identidad suele darle características muy negativas que conducen a actitudes defensivas como ocurre con toda forma de particularismo o comunitarismo (Touraine, 1987: 115). Para que las identidades puedan ser ofensivas o propositivas, los movimientos sociales deben salir de la reivindicación identitaria para trascender hacia lo universal. Como se ve la propuesta de Touraine se enmarca en el pensamiento moderno que desconfía de lo tradicional y particular, rasgos que supuestamente yacen en las identidades.

Por su parte, el conocido historiador marxista británico Eric Hobsbawm, enfiló sus baterías continuamente contra identidad nacional y las que llamó políticas de la identidad. En un artículo publicado en 1994 aborda escuetamente el tema reconociendo que tenemos ilimitadas identificaciones, tantas como las mismas formas en que uno se podría describir a sí mismo. Pero él quiere referirse a una identidad primordial, más totalizante: la que se liga al Estado-Nación y se conoce como nacionalismo. En ese sentido, para Hobsbawm la identidad nacional es esencial y conlleva rasgos de homogeneidad y uniformidad: “... es innegable que existe una tendencia en los Estados territoriales modernos a desarrollar

una estandarización (u homogeneización) social y funcionalmente necesaria del conjunto de sus ciudadanos” (Hobsbawm, 1994: 8). Claro que también habla de la identidad étnica, a la que le cuesta más precisar sus criterios de pertenencia; y de la religiosa, la más tradicional (y antigua) de las identidades modernas. Pero curiosamente el foco de su crítica es el nacionalismo, por las barbaridades que estaba produciendo en los años noventa en la Europa poscomunista.

Por supuesto que reconoce, como buen historiador que el cambio social puede provocar modificaciones en las identidades, incluso nacionales, pero ve con preocupación que las políticas de identidad, al apelar a rasgos esenciales o primordiales, pueden producir movimientos (sociales) no solamente anacrónicos sino negativos para las sociedades (Hobsbawm, 1994: 17). Aquí está pensando en los riesgos de un retorno del fascismo o del nacional socialismo en pleno cambio de siglo.

Esta crítica es la que Hobsbawm (1997) profundiza luego en la obra que reúne sus reflexiones historiográficas. En el capítulo 21 escrito paralelamente al artículo ya analizado, claramente asocia la identidad con lo particular y por tanto la considera opuesta a la pretensión universal de la Historia. Como ya había dicho él, las políticas de identidad al servicio de una comunidad nacional, étnica o religiosa son las encargadas de tergiversar el pasado al servicio de esas causas. Y en esto, para nuestro historiador, curiosamente se acercan al posmodernismo que niega la posibilidad de verdad y relativiza el pasado. Por ello hace un llamado a universalizar el conocimiento histórico como antídoto a esos usos y abusos del pasado. Esto se traducirá en un posterior llamado a conformar un “Frente de la Razón” contra los ataques del relativismo posmoderno o negacionista (Hobsbawm, 2004).

En esto encuentra eco en otro reconocido historiador, Carlo Ginzburg, quien en reciente entrevista a *Nueva Sociedad* afirma que “la noción de identidad me incomoda porque creo que es, sobre todo, un arma política... fija categorías que son cambiantes (...) creo que carece de valor

analítico y, además, que se trata de una categoría que puede ser utilizada como una herramienta para incluir y excluir” (Schuster, 2024). Siguiendo la senda del pensamiento moderno, insiste en los rasgos fijos e invariantes de la identidad: “en latín, identidad proviene de «ídem», lo que supone «ser idénticos». Pero las personas cambian, se modifican (...) no debemos aceptar que hay (sic) algo remoto que nos constituye, que permanece en el tiempo y está permanentemente con nosotros haciéndonos «idénticos»”. Por eso no la considera una categoría útil para el trabajo histórico. Si acaso “puede ser parte del lenguaje de los actores, pero no pertenece al campo analítico de los observadores” (Schuster, 2024).

Y es que ambos historiadores comparten una causa común, con la que me identifico: la búsqueda de la verdad de lo ocurrido en el pasado para evitar que se repita (Archila, 1999). Y eso significa oponerse al extremo relativismo, como supuestamente opta Hayden White a juicio de Ginzburg (Schuster, 2024). Como víctima del fascismo él no soporta el relativismo cercano, a su juicio, del negacionismo –lo que compartimos–, pero se equivoca al equiparar toda reflexión sobre la identidad con una postura posmoderna.

Manuel Castells, discípulo de Touraine, pero con trayectoria propia, le dedica un volumen entero al “poder de la identidad”, en su trilogía sobre la Era de la Información. Para él la identidad es la fuente de significados y experiencias compartidos sobre la base de atributos culturales que le dan prioridad a la identidad sobre otras productoras de significados (Castells, 1997: 6). Pensando en los movimientos sociales señala tres tipos de identidad: la legitimadora, que se propone desde arriba y produce la sociedad civil o los grupos sociales en conflicto; la de resistencia, construida desde abajo y que redundando en las comunidades; y la de “proyecto” que corresponde a los actores que buscan transformar la estructura social y producen sujetos sociales colectivos con proyectos de vida. En general considera que hay fluidez entre ellas, pero propone que, en el actual momento, las identidades legitimadoras y comunales deben convertirse en nuevos sujetos históricos a través de proyectos de transformación social como,

a su juicio, ocurre con los movimientos ambiental y feminista. Como se ve, en Castells subsiste una sospecha sobre las identidades comunales, aunque no las condena al ostracismo como los anteriores autores, e incluso las considera el origen de nuevos movimientos sociales siempre y cuando salgan de su particularismo. En esos sigue siendo toureniano y por tanto un intelectual moderno.

Es precisamente otro sociólogo, para nada sospechoso de veleidades posmodernas, Charles Tilly, quien nos abre la puerta a una perspectiva más optimista sobre la utilidad de la categoría identidad, a la que considera como una experiencia compartida que se representa públicamente como una narrativa común (Tilly, 1996: 7). En un artículo anterior sobre la “identidad política” se refiere a la Inglaterra entre los siglos XVI a XVIII (Tilly, 1995). A partir de esa lectura histórica señala que tales identidades son cambiantes, relacionales y contingentes. Lo que las marca es la contienda política con el antagonista o adversario. Por eso la identidad es “validada” o representada en interacción con el contexto político en que se desenvuelve. Por tanto, no son identidades primordiales, esenciales, invariantes y homogeneizantes, aun tratándose de la pertenencia a las naciones (Tilly, 1995).

Cercana a esta lectura está la del crítico cultural jamaicano, Stuart Hall, tal vez más próximo al giro cultural pero no por ello alejado de nuestras preocupaciones historiográficas,² plantea que hay dos visiones sobre las identidades caribeñas: una es entendida como cultura compartida, una especie de “naturaleza precisa” que supone unidad y es esencialista; la otra es una construcción que reconoce la diferencia, no recupera el pasado sino que se proyecta hacia el futuro, no es esencia sino posicionamiento. Por tanto, las identidades para él se mueven sobre dos ejes: similitud-continuidad y diferencia-ruptura (Hall, 1999: 135). Como supondrá

2 De hecho, compartió luchas culturales en los años sesenta con E. P. Thompson y ambos fueron parte de los fundadores originales de la revista *New Left Review* (Dworkin, 1997).

el lector nos vamos decantando por el segundo eje; así lo vamos a desarrollar a continuación.

Personalmente utilicé la categoría en mi citado libro sobre el origen de la clase obrera colombiana, apoyándome en la obra de E. P. Thompson especialmente en *The Making of the English Working Class* (1966). Para él la identidad es un componente de la conciencia de clase y se construye desde la experiencia mediada por la cultura. Continuamente se refiere a la identidad obrera –en la Inglaterra de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX– como la captación de intereses comunes distintos de los de otras clases sociales: “la formación de la ‘clase obrera’ (inglesa) se revela, primero en el crecimiento de la conciencia de clase: la conciencia de una *identidad de intereses tanto entre los diversos grupos de trabajadores como contra los intereses de otras clases*. Y segundo, en el crecimiento de las correspondientes formas de organización política e industrial” (Thompson, 1966: 194).³ En el último capítulo, precisamente dedicado a la conciencia de clase, avanza más allá de esa comunidad de intereses que trasciende los distintos oficios y se expresa en el movimiento sindical británico de comienzos del siglo XIX, pues señala que “hubo una conciencia de la identidad intereses de la clase obrera como ‘clase productora’ *en contra* de aquellos de otras clases; y dentro de esto fue madurando el reclamo por un *sistema* alternativo” (Thompson, 1966: 807. Los resaltados son del autor). Pero precisamente la posibilidad de la acción revolucionaria por parte de la clase obrera fue lo que preocupó a la burguesía inglesa, que buscó controlarla hasta derrotarla (Thompson, 1966: 817).

Entonces estamos ante la identidad como una categoría relacional, cambiante y contingente según decía Tilly, que para nuestro historiador se construye desde la clase obrera en contradicción con las clases antagónicas. No exige uniformidad ni homogeneización, no es algo que por esencia deba poseer la clase; más bien, como señala E. P. Thompson, la clase

3 El resaltado es nuestro, así como la traducción del original inglés. Aquí está cerca a los ya vistos “principios constitutivos” de los movimientos sociales según Touraine.

no es una cosa, es una relación social definida por los hombres (y las mujeres) mientras viven su propia historia y al final esa es la única definición (Thompson, 1966: 10-11).

Podemos ir concluyendo que la identidad de clase y de los movimientos sociales en general, se construye en conflicto con los adversarios o antagonistas desde la experiencia vital y productiva alimentada por la cultura que la rodea. Es un juego de imágenes y contraimágenes. Por eso el historiador Luis A. Romero se pregunta sobre los movimientos populares en América Latina “¿son lo que ellos creen ser o lo que otros dicen que son?” (Romero, 1990: 275). La respuesta es que ambas dimensiones cuentan en la construcción de su identidad: tanto lo que se produce desde dentro como lo que se proyecta desde fuera. Pero en todo caso son identidades relacionales, heterogéneas, cambiantes y contingentes. Por ello las consideramos útiles para el estudio de los actores sociales pasados y presentes.

BIBLIOGRAFÍA

- Archila, Mauricio 1999 “¿Es aún posible la búsqueda de la verdad? Notas sobre la (Nueva) Historia Cultural” en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia) No. 26.
- Archila, Mauricio 2023 (1991) *Cultura e identidad obrera: Colombia 1910-1945* (Buenos Aires: Clacso/Cinep).
- Castells, Manuel 1997 *The Power of Identity* (Oxford: Blackwell).
- Dworkin, Dennis 1997 *Cultural Marxism in Postwar Britain* (Durham: Duke University Press).
- Hall, Stuart 1999 “Identidad cultural y diáspora” en Castro, Santiago y otros, *Pensar (en) los intersticios* (Bogotá: Editorial Javeriana).
- Hobsbawm, Eric 1994 “Identidad” en *Revista de Filosofía Política* (Madrid: UAM/Uned), No. 3, mayo.
- Hobsbawm, Eric 1997 *Sobre la Historia* (Barcelona: Crítica).

Hobsbawm, Eric 2004 “Reconstruir el frente de la razón”. Consultado en internet en Junio de 2009.

Múnera, Leopoldo 1998 *Rupturas y continuidades* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia).

Romero, Luis Alberto 1990 “Los sectores populares urbanos como sujetos históricos” en *Proposiciones* (Santiago de Chile) No. 19.

Schuster Mariano 2024 “El queso, los gusanos y la revolución de la microhistoria. Entrevista a Carlo Ginzburg”, *Nueva Sociedad*, No. 310, marzo-abril. Edición digital consultada el 3 de abril de 2024 en <https://nuso.org/articulo/el-queso-los-gusanos-y-la-revolucion-de-la-microhistoria-ginzburg/>

org/articulo/el-queso-los-gusanos-y-la-revolucion-de-la-microhistoria-ginzburg/

Thompson, Edward Palmer 1966 (1963) *The Making of the English Working Class* (New York: Vantage Books)

Tilly, Charles 1995 “Political Identities” *Manuscrito* (New York: New School for Social Research).

Tilly, Charles 1996 *Citizenship, Identity and Social History* (Cambridge: Cambridge University Press).

Touraine, Alain 1987 (1984) *El regreso del actor* (Buenos Aires: Eudeba).





Repensar la identidad y la conciencia de clase

Gerardo Necochea Gracia*

Durante la década de 1980, muchos de quienes hacíamos historia social de los trabajadores buscamos sustituir la noción de conciencia de clase por algún otro concepto que nos acercara a lo que deseábamos saber. Descartábamos el término por su carga determinista y teleológica, cuando en realidad queríamos conocer y entender qué habían hecho y pensado los trabajadores a través del tiempo sin imponer una idea de lo que deberían hacer y pensar. Algunos creímos encontrar en la noción de identidad un sustituto aceptable. La reciente reedición del libro de Mauricio Archila, *Cultura e identidad obrera, Colombia 1910-1945* (2024) sirve de pretexto para reflexionar acerca de la utilidad de la noción de identidad de clase.

Este es el propósito de este breve ensayo, versión revisada y abreviada de un comentario anterior al libro de Archila (Necochea Gracia 2024). A continuación, primero revisó y polemizó con Archila acerca de su decisión a favor de identidad. En seguida, incursiono en lo que me parece la debilidad central del concepto de identidad, y señalo problemas que en consecuencia quedan al margen y, en mi opinión, son centrales a la historia de la clase obrera en el siglo XX latinoamericano. En mi caso, el

* Estudios de doctorado en historia y antropología en la City University of New York y Doctor en Historia Social por la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Investigador de la Dirección de Estudios Históricos y Profesor de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, ambos del Instituto Nacional de Antropología e Historia en la ciudad de México. Especialista en historia de México e historia de Estados Unidos, siglos XIX y XX y en historia oral. Miembro del Grupo de Trabajo CLACSO Izquierdas y luchas sociales en América Latina.

punto de partida para investigar la historia de los trabajadores fue el interés por conocer cómo los trabajadores se hacían una idea del mundo en que vivían y decidían actuar en consecuencia. Como Archila, en los años ochenta recurrí a identidad para cumplir ese propósito. No me detengo a relatar el camino, baste señalar que en retrospectiva, la noción de identidad fue de poca utilidad.

Mauricio Archila, al igual que muchos historiadores de los trabajadores, fue influenciado por el historiador marxista inglés E.P. Thompson. Él rechazó una concepción de clase que a priori define sus características y afirmó, junto con Thompson (1963), que la clase ocurre en la historia resultado de un proceso que se extiende en el tiempo. Rechazó conciencia de clase por su determinismo, pero sobre todo por la perspectiva elitista, que identificó con el leninismo y que la sitúa como algo inalcanzable para el proletariado y debe ser inyectado en él. Archila va más allá y endilga la misma externalidad a la noción alternativa de cultura de clase que encuentra en lo que llama “el modelo thompsoniano”. La cultura para Thompson, explica, “es la intersección entre lo que acumula la clase en su experiencia y lo que recibe prestado de afuera”. Archila está en desacuerdo con esta manera de entender la cultura clase, porque considera que la clase crea su cultura desde adentro, sin préstamos de ningún tipo. A continuación, postula que identidad es preferible a conciencia o cultura de clase, porque identidad es algo que la clase construye por sí misma (26-29, la referencia es a la edición de 1991).

Aquí hay una primera cuestión que interesó y fue motivo de polémica entre los estudiosos de la historia social de la clase obrera: cómo entender la cultura. Debido a mi formación académica como historiador de la clase obrera en Estados Unidos, mi comprensión debe mucho a Herbert Gutman: situó la investigación histórica en el cruce de cultura y sociedad. Gutman abogaba por que el historiador social tuviera un conocimiento profundo de la antropología cultural, que a él le sirvió para proponer que la cultura eran las herramientas que una generación transmite a otra y que esas herramientas son utilizadas en la siempre cambiante arena

social (1976). Tanto en estudios muy particulares como en una propuesta general de la historia de Estados Unidos buscó cómo las formas viejas cargaban contenidos nuevos.

Hay evidentes coincidencias entre Gutman y Thompson, y el segundo consideró que a través de los años sostuvieron un diálogo complejo y fructífero (Thompson 1994). Tanto en su exploración acerca de la relación entre antropología e historia (1997) como en la introducción a *Costumbres en común* (1993), Thompson expresó ideas muy similares respecto de cultura y sociedad. El historiador, explicó, busca en la antropología significados para símbolos y prácticas, pero, añade, la historia sitúa estos hallazgos en contexto y dentro de procesos temporales: “Todo significado es un significado-en-contexto, y cuando las estructuras cambian las formas antiguas pueden expresar funciones nuevas y las funciones antiguas pueden encontrar su expresión en formas nuevas” (1997: 66) Ambos prefirieron usar la noción de cultura como término descriptivo—evitando así enredos abstractos—que señalaba la reserva de recursos diversos empleados en situaciones inéditas.

Esta perspectiva de cultura en proceso hace difícil pensar en modelos o en un dentro y un afuera de la cultura. Hace pensar, más bien, en choques y contradicciones, en alejamientos y acercamientos, en apropiaciones y reinterpretaciones de esos recursos o herramientas en la acción de emplearlos para enfrentar las vicisitudes de las relaciones sociales. Hay aquí una diferencia con la manera en que Archila aborda la cultura, porque él supone que hay compartimentos que separan las culturas, y que desde ellos ocasionalmente hay ofrecimientos o solicitudes de préstamo.

Sin embargo, a fin de cuentas, lo que Archila hace con identidad es muy similar a la perspectiva de cultura de clase que encontramos en Thompson y Gutman. “La identidad—escribe—tiene que ver con tradiciones heredadas y nuevos hábitos generados por los contextos de explotación y opresión. Es algo que se alimenta de las culturas populares regionales, pero con las particularidades que los trabajadores asalariados aportan.”

(1991: 29) No parece haber aquí diferencia alguna con lo planteado por Thompson o Gutman. ¿Por qué entonces preferir identidad a cultura o conciencia?

Identidad efectivamente puede pensarse como estancos separados. La identidad surge a partir de marcar la diferencia y por ende la separación respecto de otros. Podemos en consecuencia señalar los elementos que la constituyen y las confrontaciones que la destacan como identidad de unos en contraste o conflicto con otros. No podemos suponer que los elementos que hacen una identidad, en cambio, puedan existir en la reserva de recursos o en la caja de herramientas de otros. Identidad es impermeable a influencias ajenas.

Hay, efectivamente, una contradicción en el punto de arranque, y que encuentra expresión en distintos momentos del libro. Uno de ellos tiene que ver con el lugar que ocupa el consumo de bebidas embriagantes en la sociabilidad obrera. Archila dedica un largo apartado a la imagen que la elite proyectó de “clase degenerada”, asociada al consumo de alcohol, y a la respuesta en los periódicos obreros, condenando el alcoholismo al mismo tiempo que señalaban que la clase obrera redimiría a la sociedad. Es importante señalar que la sobriedad fue uno de los valores enaltecidos por la moral industrial de la burguesía, opuesta a las prácticas tradicionales de consumo y embriaguez. El autor describe campañas moralizantes y antialcohólicas emprendidas por las elites que eventualmente impactaron las prácticas, y concluye que la clase asimiló el nuevo valor de moderar o abandonar el consumo. La identidad sin duda se vio impactada por la absorción de esta nueva práctica.

También el lugar que ocupó la ideología liberal en el activismo de la clase obrera da cuenta de esta discordancia. Archila utilizó la frase “orfandad de la clase obrera” para describir la situación en que se hallaron los obreros a la caída de la república liberal. Presumiblemente, entonces, el liberalismo fue el progenitor de la clase porque dio sentido y coherencia a los varios elementos que crearon la identidad obrera. Bajo su mismo marco

conceptual, Archila termina recurriendo a lo externo para explicar a la clase. Ya Rocío Londoño (1992) había señalado esta contradicción entre su intención de concebir la identidad desde dentro y la continua referencia a influencias externas. Si bien Archila rechaza la versión leninista que considera que la conciencia de clase proviene de los intelectuales que se la inyectan, parecería que termina sustituyendo unos disparadores externos por otros.

La cultura construida por los obreros en los espacios de trabajo, barrio y solaz encontró reconocimiento en el espacio político por parte de los liberales de izquierda. Para este paso del espacio de la cotidianidad al espacio de actividad política resultaría más adecuado el término identificación, y no identidad. El primero, como señala Stuart Hall (1996), es un verbo que refiere a una acción que tiene inicio, desarrollo y fin, es decir, la identificación da paso a la no identificación. Archila de hecho argumenta que las “múltiples respuestas obreras” que delinearon “los contornos de clase” tuvieron “un matiz de identificación política” con la república liberal (309). Parecería que a pesar del punto de partida que prefiere identidad a cultura o conciencia, Mauricio Archila propone que desde el proceso de conformación de la cultura de clase, en un momento dado existió una identificación política con el liberalismo. En otras palabras, el autor usa identidad para referirse a la posición y acción política que despliega la clase, de manera que cultura e identidad se asocian, como indica el título, y no que el segundo sustituya al primero.

Hasta aquí, me parece, la opción conciencia, cultura o identidad es meramente un problema de términos. Archila de hecho estructura su libro siguiendo los ejes de cultura y sociedad y el nudo de su intersección. Pero llegados al punto en que la identificación entre la clase y el liberalismo se rompe, aparecen problemas que el término identidad invisibiliza y entorpece la comprensión.

¿Qué pasa con los obreros cuando dejan de identificarse con el liberalismo? Es un problema similar al que surge en México cuando Cárdenas deja

la presidencia y empieza a ganar momento la contrarrevolución, apelando al nacionalismo y poniendo por delante la unidad nacional. Probablemente un problema común a América Latina, en distintos tiempos. En México tuvo lugar un rompimiento en las filas obreras: unos marcharon al nuevo son de unidad conservadora y sacaron buena tajada, mientras otros escogieron el camino de la oposición de clase y enfrentaron fuerte represión. En estos segundos encontramos la raíz de la insurgencia obrera de fines de los años cincuenta y hasta entrados los ochenta.

Identidad, porque supone consenso y homogeneidad dentro del colectivo, oscurece este tipo de división y excluye interpretaciones divergentes, incluso opuestas, de la experiencia obrera. Thompson (1993: 6) hizo la misma observación respecto de la noción de cultura (razón por la cual rechazó la etiqueta culturalista que le fue colgada) que enfatiza la armonía orgánica y, dirigiendo su crítica a Raymond Williams, consideró que cultura no era un modo de vida sino un modo de lucha (1961). Thompson llevó entonces su mirada sagaz hacia atrás, hacia el siglo XVIII, al estudio del distanciamiento en curso entre cultura popular y cultura de elite, y a las divergentes hebras de cultura popular que constituyeron tanto conformismo como oposición política. Algo similar hizo Paul Faler (1974) para los revoltosos zapateros de Lynn, Massachusetts, entre fines del dieciocho y a través del diecinueve, señalando las distintas interpretaciones de la moral industrial que igual conformaron rebeldía y conformismo.

Archila señala que los intentos de la Confederación de Trabajadores de Colombia por revivir la alianza con el liberalismo encontraron poca respuesta desde arriba y presión desde abajo. Lo segundo invita a regresar sobre sus pasos e identificar estas distintas interpretaciones de la experiencia heredada y vivida. En México, por ejemplo, Illades (2014) identificó tres vertientes que confluyeron en posturas políticas asumidas hacia la cuestión social en las últimas décadas del XIX y primeras del XX, y que ayudan a identificar y comprender la brecha que aparece en la segunda mitad del siglo XX.

En la historia de Colombia, la década de 1920 fue particularmente agitada; también lo fue en México. Archila describe la “expresión autónoma de la naciente clase obrera” que fue gestándose en los conflictos laborales y condujo al socialismo en esos años. En México, también en esos años, la expresión política obrera favoreció a la todavía diversa izquierda conformada por socialistas, anarquistas, comunistas y liberales jacobinos. Archila narra, para Colombia, la transición durante la siguiente década hacia normar las relaciones laborales, institucionalizar las organizaciones obreras y el dominio del liberalismo político, que reconoció y con el que se identificó la clase obrera. Hay otra vez paralelismo con los sucesos en México en la misma década. Para ambos casos, la noción de identidad de clase con su halo de consenso fracasa en la explicación de las contradicciones, tensiones y conflictos dentro de la clase, algo, me parece, necesario de entender para mejor explicar cómo se pasa de una identificación política a otra.

Cultura e Identidad argumenta que se debió a cambios en las más amplias circunstancias históricas y políticas del país, y sin duda tiene razón. Pero me parece la explicación también requiere un discernimiento más fino de la comprensión heterogénea de las experiencias compartidas: Archila presenta indicios de una moral industrial leal y otra rebelde que se desarrollan y coexisten en el mundo de las sociabilidades obreras. Esos mismos valores e ideas pueden, en momentos determinados, llevar a identificaciones contrapuestas en el campo político. Es necesario apuntar que si la actuación sindical es exclusivamente obrera, la acción en el espacio político formal siempre lleva al movimiento obrero a actuar en concierto con otros, y esa alianza depende de identificar propósitos (que no intereses) comunes.

No cabe duda de que la búsqueda de alternativas a una idea determinista de conciencia de clase fue impulso poderoso para la historia social. La alternativa de identidad trazó vetas inexploradas y permitió avanzar nuevas interpretaciones. Pero también exhibió debilidades importantes. La noción de identidad tiende a ser estática: aunque consideremos que las

identidades son construidas, hay implícita una finalidad a esa construcción y parece como si la experiencia abriera al sujeto una ventana hacia su identidad, como acertadamente criticó Scott (1994). Muchos de los estudios realizados en México que recurren a esta categoría consideran que el objetivo de la investigación es señalar la identidad del sujeto, sea individual o colectivo. No son, en ese sentido, diferentes a las investigaciones que Leon Fink (1994) identificó como culturalistas y criticó por no ir más allá de considerar la expresión cultural propia como sinónimo de resistencia. La noción de identidades múltiples e inestables, si bien le resta el carácter esencialista, hace que la identidad opere siempre en el instante presente y por lo mismo sea inútil para comprender procesos a lo largo del tiempo. Más importante, la noción oscurece las incongruencias y contradicciones que conviven en tensión y antagonismo dentro de la cultura y contribuyen a la identificación ideológica y movilización política.

Las críticas y preguntas aquí esbozadas serían imposibles de no haberse explorado el camino de la identidad de clase. Podría de hecho ser un ejercicio provechoso examinar su uso en las historiografías nacionales de la clase obrera. Puede ser que resulte que su uso en la investigación fue importante, aunque equivocado. Como sea, me parece que en el presente podríamos regresar a una noción de conciencia que no es determinista ni teleológica. Regresar, por el contrario, a la noción de experiencia como detonante de conciencia, en tanto, como sugiere Thompson, en la raíz de nuestra idea del mundo está el diálogo entre la experiencia heredada y la experiencia vivida, y es un diálogo sin script.

REFERENCIAS

- Archila Neira, Mauricio (2024 [1991]). *Cultura e identidad obrera en Colombia: 1910-1945*. Buenos Aires, Bogotá, CLACSO, CINEP.
- Faler, Paul (1974). "Cultural aspects of the industrial revolution: Lynn, Massachusetts, shoemakers and industrial morality, 1826-1860". *Labor History*, Vol. 15, No. 3.
- Fink, Leon (1994). "Looking backward: Reflections on workers' culture and certain conceptual dilemmas within labor history". En *In search of the working class: Essays in American labor history and political culture*. Chicago, University of Illinois Press.
- Gutman, Herbert (1976). *Work, culture and society in industrializing America: Essays in American working-class and social history*. Nueva York: Vintage Books.
- Hall, Stuart (1996). "Introduction: Who needs identity". En Stuart Hall y Paul du Gay (eds.) *Questions of cultural identity*. Londres, Sage Publications.
- Illades, Carlos (2014). *De La Social a Morena*. Ciudad de México, Jus.
- Londoño Botero, Rocío (1992). "Reseña de Mauricio Archila Neira, Cultura e Identidad Obrera, Colombia 1910-1945". *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, No. 20.
- Necoechea Gracia, Gerardo (2024). "Entre crear cultura y descubrir identidad: Comentario a Cultura e identidad obrera, Colombia 1910-1945, de Mauricio Archila Neira". En Archila (2024).
- Scott, Joan W. (1994). "The evidence of experience." En James Chandler, Arnold I. Davidson y Harry Harootunian (eds.), *Questions of evidence: proof, practice and persuasion across the disciplines*. Chicago, The University of Chicago Press.
- Thompson, Edward P. (1961). "The Long Revolution", partes I y II. *New Left Review*, Vol. 1, Nos. 9 y 10.
- (1963). *The making of the English working class*. Nueva York, Vintage Books.
- (1993). "Introduction: Customs and culture". En *Customs in Common. Studies in traditional popular culture*. Nueva York, The New Press.
- (1994 [1988]). "Herbert Gutman". En *Making history: Writings on history and culture*. Nueva York, The New Press.
- (1997 [1976]). "Folclor, antropología e historia social". En *Historia social y antropología*. Ciudad de México, Instituto Mora.



De Artesanos a obreros en Colombia

Identidad y cultura en Archila Neira

Pablo Pozzi*

Hace ya 30 años que fue publicado el estudio de Mauricio Archila Neira, *Cultura e identidad obrera. Colombia, 1910-1945* (Bogotá: Cinep, 1992). Esta es una de las obras señeras de la renovación de los estudios sobre la clase obrera latinoamericana, junto con los trabajos de John French (1992), Daniel James (1984), Barbara Weinstein (1996), Charles Bergquist (1986), Ernesto Salas (1990), Ricardo Melgar Bao (1989) y el autor de este comentario (1988) (vid bibliografía al final). Todos estos trabajos se nutrieron, por un lado, de nuevas perspectivas interdisciplinarias postmarxistas y, por otro, de los enfoques abiertos por los marxistas británicos, en particular E.P. Thompson (1978) y Raymond Williams (1989). Uno de los aspectos más interesantes, y sugerentes, de esta obra es que Archila no solo logra anclar sus planteos en ejemplos y estudios muy concretos, sino que también logra darles movimiento al ir considerando su evolución histórica y cómo esta impactaba sobre las diversas formas organizativas y culturales de los trabajadores colombianos.

* PhD en Historia (Stony Brook University) y Profesor Consulto de la UBA. Fue titular regular plenario de Historia de los Estados Unidos de América en la Facultad de Filosofía y Letras (Universidad de Buenos Aires). Co-coordinador del Grupo de Trabajo CLACSO Izquierdas y luchas sociales en América Latina.

Cuando escribe *Cultura e identidad obrera* Archila ya ha desarrollado muchas de sus preguntas (y algunas de sus respuestas) en una serie de estudios previos sobre la clase obrera colombiana, en particular sus estudios sobre Barranquilla (1987). Pero en esta obra Archila se enfoca en la formación de la clase obrera en Colombia. Como tal *Cultura e identidad* es una obra muy documentada, anclada en una extensa bibliografía, y que se nutre de numerosas entrevistas con decenas de trabajadores, siendo en este sentido uno de los pioneros de la historia oral en Sudamérica. No está de más mencionar que esta es una obra muy bien escrita, clara y accesible, algo inusual en los trabajos académicos el día de hoy. El estudio ha sido organizado en cuatro partes, desde una descripción general y lo que Archila denomina “la experiencia obrera en la vida cotidiana” hasta un análisis de las luchas de los trabajadores, y una conclusión denominada “construcción de una identidad obrera”. Todo lo anterior se basa en cuatro estudios de caso que sirven como representativos de la totalidad.

Su análisis exhaustivo sobre las luchas obreras y su papel en la conformación de la clase obrera colombiana es detallado y muy sugerente. De hecho, profundiza en el concepto thompsoniano de cómo la clase se va conformando en la lucha misma. Pero a mí me resultó fascinante el estudio sobre la vida cotidiana de los artesanos y sus modificaciones en el proceso de proletarización. Por ejemplo, el tema del consumo alcohólico recuerda a los estudios de Bruce Laurie sobre los obreros tradicionalistas de Filadelfia y cómo eran formas de sociabilización y también de resistencia cultural.

Los planteos y sugerencias de la historiografía anglosajona han incidido sobre el estudio de Archila. No es casual que éste recurriera allí a una metodología como lo es la historia oral que tanto puede aportar en la reconstrucción de las prácticas, creencias, sentimientos y proyectos pasados, individuales y colectivos, de los trabajadores. Archila ha sido un pionero en el uso de las fuentes orales para aproximarse a la vida cotidiana de los trabajadores colombianos. Sus entrevistas a decenas de trabajadores, y su forma de utilizar estos testimonios para profundizar sus estudios

de caso, abren ventanas a nuevas perspectivas sobre la subjetividad de los trabajadores en Colombia. En particular, la Historia Oral le permite a Archila anclar firmemente su investigación en “los trabajadores comunes” para lograr un acceso a su subjetividad y cultura.

Archila toma una cierta interpretación de la conceptualización y de la obra de Thompson. El historiador británico tuvo múltiples lecturas y ellas mismas presentaron tensiones, contradicciones y problemas irresueltos. Si bien nunca dejó de sostener que las relaciones de producción tienen un papel definitorio en la vida social y que la experiencia de clase está ampliamente determinada por esas relaciones, también es cierto que llegó a plantear, en función de romper con las tendencias ultradeterministas (como la de Althusser) que la clase obrera es una formación tanto cultural como económica, siendo imposible dar alguna prioridad teórica a un aspecto sobre otro. En esta última concepción se apoyaron no pocos historiadores, de los cuales Archila es un exponente destacado, que plantearon nuevos condicionantes y problemas (características de la “vida cotidiana”, cultura, elementos discursivos y simbólicos, uso del tiempo libre, identidades étnicas, de comunidad, de género y otros). Fue este grupo de historiadores sociales, tanto en el Primer Mundo como en América Latina, los que plantearon que la identidad de los trabajadores podía aparecer como descentrada del mundo laboral y podía ser reconsiderada a partir de las condiciones de la vida material que asimilan a los asalariados a otros grupos y sectores. De esta forma, extendieron con tanto empeño las fronteras del estudio de los trabajadores por fuera del universo productivo que acabaron por disolver la categoría de clase obrera en otras, tal como la de “sectores populares urbanos”.

A partir de lo anterior, Archila desarrolla el meollo del libro en el capítulo final sobre la identidad obrera colombiana. Si bien todo el libro es sumamente interesante, es en este capítulo donde se sintetizan las ideas de Archila, y donde su estudio provoca a pensar y, por supuesto, a la polémica. Aquí Archila hace eje en lo que él entiende como una versión colombiana del famoso estudio de E.P. Thompson sobre Inglaterra, mientras hace

una crítica a la visión leninista de clase social y de consciencia, buscando las particularidades latinoamericanas de estos fenómenos histórico-sociales. En esto se diferencia de muchos de sus contemporáneos que se nutrieron de las ideas sobre la clase obrera de historiadores como David Montgomery (1985), Bruce Laurie (1980), Sean Wilentz (1984) y Leon Fink (1983). Si bien Archila cita al decano de todos estos grandes historiadores sociales, Herbert Gutman (1977), en realidad lo utiliza poco y nada. Esto es una pena porque, por ejemplo, los estudios de Laurie y de Fink sobre la resignificación de la cultura artesanal en un radicalismo obrero, o las definiciones de Montgomery sobre aristocracia obrera hubieran enriquecido con diversos matices lo que es un interesante trabajo. Quizás esto se debió a una preferencia por ciertos latinoamericanistas estadounidenses. Así, Archila cita aprobadoramente a June Nash y su concepto de “consciencia ecléctica”, contrastándola con “consciencia contradictoria” utilizada por Florencia Mallon o “consciencia transicional” de Sidney Mintz. (p. 25, 26) Tanto Montgomery como Laurie, más cercanos a E.P. Thompson que a las percepciones sociológicas de estos latinoamericanistas, considerarían que ni contradictorias ni eclécticas ni transicionales, sino que hay una sola consciencia, que simplemente “es”.¹

En algunos trabajos que reivindican la perspectiva teórica plasmada por Thompson, se establece un nexo de causalidad entre las innovaciones que suponen el estudio de la clase obrera a través de su concepto de experiencia y el “fracaso del paradigma leninista” en las interpretaciones del movimiento obrero.² En verdad, gran parte de los esfuerzos de Thompson

- 1 En esto han sido criticados por Perry Anderson. La respuesta de Thompson fue *Poverty of Theory and other Essays* (1978). También, para la percepción thompsoniana de consciencia, experiencia y, sobre todo, clase como algo anclado en lo material de la producción, ver Carta a Leszek Kolakowski (orig. 1973) en la obra citada más arriba. La visión sociológica de los fenómenos sociales tiende a ser bastante esquemática y poco anclada en la complejidad de los estudios sociales. Esta es una de las razones por el mayor impacto que han tenido los marxistas británicos sobre los estudios históricos en general.
- 2 María Cecilia Cangiano, “Pensando a los trabajadores: la historiografía obrera contemporánea. Argentina entre el dogmatismo y la innovación”; *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”* No. 8, (Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, UBA,

se dirigieron a estudiar cómo una clase, a través de la autoidentificación de sus miembros en lucha contra otra clase, se conforma en un sujeto colectivo real. Hay más vínculos entre la concepción de Thompson y el “paradigma leninista”, que entre el primero y el que intenta disolver a la clase en fragmentos condicionados por disímiles situaciones de la “vida cotidiana” o de la cultura. Los dos primeros son intentos de dar cuenta de cómo se construye una clase como fenómeno unitario, el último es un enfoque que apunta a su disolución.

Al igual que otros historiadores de la nueva historia de los trabajadores, para polemizar Archila elige una versión del marxismo que es quizás la más rígida: el leninismo de 1902.³ En eso, al igual que tantos otros, Archila reduce clase social a la definición ahistórica del ¡Qué Hacer! (1902), descartando las contribuciones de muchísimos marxistas desde Karl Korsch y Anton Pannekoek, hasta el Gramsci (que se definía “leninista”) de las Tesis de Lyon, y ni hablar de León Trotsky y Rosa Luxemburgo. Y si bien Archila reivindica la influencia de Thompson sobre su estudio, la realidad es que se encuentra más cercano a Eric Hobsbawm (1983) cuyo marxismo tiene una fuerte influencia weberiana. Así la clase es un fenómeno más propiamente del capitalismo, y no de la era preindustrial, muy a pesar de Engels en *Las guerras campesinas en Alemania* (1850).

El concepto clave de la obra de Archila es el de “identidad”, que le permite plantear una definición de clase social alejada no solo del leninismo sino también de los marxistas británicos como Thompson. Así Archila dice: “La clase es un resultado histórico al que llegan los trabajadores

3ra serie, 2do semestre de 1993). Según Cangiano, la renovación de los estudios sobre la clase obrera, a partir de la aparición del libro de James, Resistencia e integración. La clase obrera y el peronismo, 1945-1976 (sic), no puede explicarse sin “el fracaso y la derrota del proyecto revolucionario marxista leninista de los años setenta” en Latinoamérica (pág.118).

- 3 Aquí Archila se basa en la historiadora brasilero-norteamericana Emilia Viotti da Costa que tilda de estructuralista a los enfoques que consideran a la clase social como vinculada a las relaciones sociales de producción. En realidad, Viotti quiere decir economicista ya que su uso del término estructuralismo tiene poco que ver con la corriente filosófica desarrollada por Durkheim, Saussure y Louis Althusser.

asalariados cuando las condiciones económicas y políticas y el proceso cultural de identificación lo permiten”. (p. 16) Este tipo de definición esta cercana a las visiones posmodernas de Stuart Hall o Gareth Stedman Jones o Sean Wilentz. En ese sentido la clase no es algo realmente existente, sino que es la construcción de una identidad como puede ser el nacionalismo o la adscripción religiosa. A diferencia de marxistas o weberianos, donde la clase es algo realmente existente, el concepto de identidad tiene la ventaja de ser más plástico, más indefinido, y da cuenta de mutaciones y de diversas adscripciones. Al mismo tiempo, se centra en el individuo y no en los grupos sociales. Estos últimos son considerados como un agregado de individuos, y no como una entidad colectiva y por ende distinta de aquellos que la componen. Asimismo, el concepto de identidad no logra explicar por qué en diversas latitudes, con culturas y etnias diversas, y con variedades de géneros o de razas, los trabajadores encuentran formas similares de lucha, de organización y de reivindicación. El concepto de identidad si contribuye a explicar el cómo y por qué un empleado bancario puede considerarse como “obrero de servicios” o como “sector medio” y “cuello blanco”; pero esta es una construcción individual subjetiva, cambiante, y no necesariamente un fenómeno social persistente a través del tiempo. Esto lleva a Archila a plantear que “los individuos que conformaban el conglomerado designado ‘clase obrera’ tenían múltiples identidades” (p. 370). Si la clase es un proceso de construcción de una identidad, pero si estas identidades son múltiples, entonces ¿cuándo y cómo se forma la clase obrera colombiana como un sujeto social que se lo pueda percibir y con entidad como tal? Los problemas asociados por el uso de “la identidad” como forma de definir la existencia de una clase social tienden a diluir este último concepto, y convertirlo en algo inasible y contradictorio. Por supuesto que la definición anclada en las relaciones sociales de producción también contiene insuficiencias. Sin embargo, hasta el día de hoy es la herramienta teórica que mejor describe este fenómeno social colectivo, y su comportamiento más allá de culturas, experiencias históricas, e identidades. Dicho de otra forma: el concepto de identidad no explica el surgimiento del sindicato por oficio, su paso a

sindicato por rama de industria, y luego su crisis a partir de la segmentación laboral. Sin embargo, el concepto de “clase”, tanto en su versión marxista como weberiana, se ha revelado como una categoría poderosa para el investigador, más allá de sus problemas y complejidades para comprender un fenómeno social dinámico, cambiante y también complejo.

Por otro lado, uno de los problemas de la “identidad de clase” (al igual que el concepto de “lenguaje de clase” de Stedman Jones) es cómo esta ocurre. Sus proponentes tienden a explicarlo como algo existente, sin llegar a dar cuenta de los orígenes. Más aún, a diferencia de Thompson y sus contemporáneos cuya discusión en torno a los orígenes de una clase social influyeron a buena parte de las obras de historia social en las décadas de 1960 y 1970, hay cierta tendencia a la tautología: hay clase porque hay identidad, y sabemos que hay identidad porque hay clase. En esto tiene razón Archila cuando plantea que la clase “no es resultado mecánico de la industrialización”, ni es “un conglomerado uniforme” (p. 16). Lo que no dice es quién, si alguien, en el campo de la historia social, propone lo contrario después de 1950. Más aún, ni siquiera los marxistas de la década de 1920 planteaban algo tan mecánico, como se puede ver en los planteos de Georg Lukács en *A Defense of History and Class Consciousness. Tailism and the Dialectic* (1926) o el de Rosa Luxemburgo en *Huelga de masas, partido y sindicatos* (1906).

Otro problema que se deriva del concepto de “identidad” es el uso de una definición de cultura alejada de Gutman, Thompson y Raymond Williams. Para Archila “la cultura es la intersección entre lo que acumula la clase en su experiencia y lo que recibe prestado de afuera” (p. 24) Por ende, no se podría hablar de cultura obrera sino de cultura popular. Dejemos de lado lo que debería ser una larga discusión en torno a cultura, y los cambios en el concepto a partir de la obra de Williams. Si no se puede hablar de cultura obrera, pero la clase es el resultado de un “proceso cultural de identificación” (16) entonces, ¿hay o no hay clase en Colombia a principios del siglo XX? Y si la hay, ¿cómo hace una clase para formarse sin desarrollar una cultura propia como parte de su identidad? Parecería

que la visión que se presenta es una por la que la cultura es algo “externo” al proceso de formación de la clase obrera. De esta manera nos encontramos ante un problema similar con el que se enfrentó hace más de medio siglo Richard Hoggart (1990, 30-33): “Las personas que recuerdo aún conservan la sensación de pertenecer a un grupo propio [...] Sienten que son ‘clase obrera’ en gustos y costumbres, en que ‘pertenecen a ella’. Esta distinción no resulta muy exacta, pero es importante [...] No es fácil distinguir a los trabajadores del resto por la cantidad de dinero que ganan, ya que hay una enorme variación de jornales entre la clase obrera. [...] Tratar de aislar a la clase obrera, *grosso modo*, no implica que no exista gran número de diferencias, matices y distinciones de clase dentro del mismo grupo. [...] Es posible, por tanto, generalizar, sin que esto implique que toda la clase obrera coincide en actitudes o creencias respecto al matrimonio o la religión; por otra parte, no hay manera de analizar una cultura sino a través de las constantes de la uniformidad”.

La obra de Archila Neira es representativa de un fenómeno mucho más amplio que está aconteciendo en los estudios sobre trabajadores. Estos revisten una particular importancia para los procesos históricos de sociedades como las del así llamado Tercer Mundo puesto que, en ese contexto, el movimiento obrero tuvo –y tiene aún hoy– un peso significativo en la estructura económica y social. Esto conlleva a entender que la actividad desplegada por los trabajadores condicionó el desarrollo del capitalismo, aunque no como la clase obrera deseara. De hecho, observamos, en el transcurso de su historia, una profunda interrelación entre acción colectiva, poder social, efectividad y conciencia política. Así, comprender la historia social de los últimos ciento cincuenta años prescindiendo de los trabajadores implica una deformación del proceso histórico nacional.

A pesar de esto, un aspecto notable de las últimas dos décadas del siglo XX y las primeras del siglo XXI es que la cantidad de estudios históricos sobre los trabajadores ha sido relativamente escasa, sobre todo si la comparamos con otros temas dentro del contexto latinoamericano: como por ejemplo la historia colonial o la que hace énfasis en el período de la

construcción de los estados nacionales. Es en este contexto, marcado por los alcances y límites de la bibliografía, donde debemos insertar el aporte de la nueva historiografía obrera sobre el período en cuestión, en la que la obra de Mauricio Archila Neira es una de sus expresiones más destacadas. Hasta ese momento estaban faltando investigaciones que pusieran como objeto de estudio las experiencias y creencias de los trabajadores, rescatando todos los matices de su práctica social. Se carecía de una literatura específica que abordara como preocupación principal la relación entre la lucha de clases y la experiencia obrera. Se había logrado avanzar en la indagación de los factores económicos y políticos que determinaron la situación del proletariado. Pero este análisis estructural debía ser complementado con otros aspectos vinculados a la cotidianidad de la clase obrera: su respuesta a la ofensiva patronal-estatal y las transformaciones ocurridas en el plano de su conciencia social y de su cultura política, lo cual conduce a reconsiderar la relación entre ésta y los diversos movimientos políticos. Esto último es uno de los objetivos de la obra de Archila, y quizás uno de los más logrados.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

Archila Neira, Mauricio (1987). *Barranquilla y el río: Una historia social de sus trabajadores*. Bogotá: CINEP.

Archila Neira, Mauricio (1991). *Cultura e identidad obrera: Colombia, 1910-1945*. Bogotá: CINEP.

Bergquist, Charles (1986). *Labor in Latin America: Comparative Essays on Chile, Argentina, Venezuela, and Colombia*. Stanford, Calif.: Stanford University Press.

Engels, Federico. (1850) *Las Guerras Campesinas en Alemania*. Varias ediciones.

Fink, Leon (1983). *Workingmen's Democracy. The Knights of Labor and American Politics*. Chicago: University of Illinois Press.

French, John (1992). *The Brazilian Workers' ABC. Class Conflict and Alliances in Modern Sao Paulo*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press.

- Green, James (1980). *The World of the Workers. Labor in Twentieth Century America*. New York: Hill and Wang.
- Gutman, Herbert (1977). *Work, Culture and Society in Industrializing America*. New York: Vintage Books.
- Hall, Stuart (1984). "Notas sobre la deconstrucción de 'lo popular.'" En Raphael Samuel. *Historia popular y teoría socialista*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Eric Hobsbawm, Eric (1983). "La conciencia de clase en la historia", en E. Hobsbawm. *Marxismo e historia social*. México: UAP.
- Hoggart, Richard (1990). *La cultura obrera en la sociedad de masas*. México: Grijalbo.
- James, Daniel (1990). *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina 1946-1976*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Laurie, Bruce (1980). *Working People of Philadelphia 1800-1850*. Philadelphia: Temple University Press.
- Lenin, Vladimir Illich (1902). *¿Qué hacer? Problemas candentes de nuestro movimiento*. Buenos Aires: Ediciones Luxemburg, 2004 (orig. 1902).
- Lukács, Georg (1926). *A Defense of History and Class Consciousness. Tailism and the Dialectic*. London: Verso Books, 2000 (orig. 1926).
- Luxemburgo, Rosa (1970). *Huelga de masas, partido y sindicatos*. Buenos Aires: Cuadernos de Pasado y Presente 13.
- Melgar Bao, Ricardo (1989). *Historia del movimiento obrero latinoamericano*. Madrid: Alianza.
- Montgomery, David (1983). *Citizen Worker. The Experience of Workers in the United States with Democracy and the Free Market During the Nineteenth Century*. Melbourne: Cambridge University Press.
- Montgomery, David (1985). *El control obrero en Estados Unidos*. Madrid: MTSS.
- Moody, Kim (1997). *Workers in a Lean World. Unions in the International Economy*, London, Verso Books.
- Pozzi, Pablo (1988). *La oposición obrera a la dictadura (1976-1982)*. Buenos Aires: Imago Mundi, 2008 (orig. 1988). Segunda edición revisada y ampliada.
- Salas, Ernesto (1990). *La resistencia peronista: la toma del frigorífico Lisandro de la Torre*. Buenos Aires: CEAL, 2 vols.
- Stedman Jones, Gareth (1989). *Lenguajes de clase. Estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa*. Madrid: Siglo XXI.
- Thompson, Edward Palmer (1991). *Customs in Common. Studies in Traditional Popular Culture*. New York: The New Press.

Thompson, Edward Palmer (1978). *Poverty of Theory and other Essays*. New York: Monthly Review Press.

Weinstein, Barbara (1996). *For Social Peace in Brazil. Industrialists and the Remaking of the Working Class in Sao Paulo, 1920-1964*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press.

Williams, Raymond (1958). "Culture is Ordinary". En Raymond Williams. *Resources*

of Hope. London: Verso Books, 1989 (orig. 1958)

Winn, Peter (1986). *Weavers of Revolution. The Yarur Workers and Chile's Road to Socialism*. New York: Oxford University Press.

Wilentz, Sean (1984). *Chants Democratic. New York City and the Rise of the Working Class, 1788-1850*. New York: Oxford University Press.



Reseña

Alejandra Pisani*



“¡Usted es comunista!”.
Estudios sobre clase, cultura y política en la Argentina contemporánea
Pablo Pozzi
Buenos Aires, Prometeo (2020).

El último libro de Pablo Pozzi es una importante contribución al estudio de los procesos de politización de las clases obreras y populares. Más concretamente, aporta un conjunto de herramientas fundamentales para comprender el papel desempeñado por la cultura obrera en diversas coyunturas de la historia argentina contemporánea. En este sentido, el libro cumple con lo que promete en su título, y eso no es poco.

Una de las hipótesis centrales que se despliega a lo largo de los once ensayos que lo conforman es que en los cien años que van desde 1890 a 1990 la cultura de los trabajadores argentinos estuvo marcada por la fuerte presencia de una noción de “nosotros contra otros” que permitió una lectura de la realidad en términos de antagonismo social y que esa

* Facultad de Ciencias Sociales, UBA. Miembro del Grupo de Trabajo CLACSO Izquierdas y luchas sociales en América Latina.

cultura es una de las claves que permite comprender la persistencia de una izquierda (en su sentido más amplio) en Argentina. El autor sostiene, además, que esa cultura “izquierdista” no fue solamente obrera, sino que logro permear el sentido común de la mayor parte de la población.

Pero los aportes del libro van más allá de los sólidos argumentos que provee para sustentar esa hipótesis, una de sus principales virtudes es la de proveer al lector de un conjunto de claves para comprender lo social que excede a los procesos concretos que el autor toma como objeto de estudio. A lo largo del texto es posible encontrar una perspectiva conceptual y analítica, una manera de formular problemas y un conjunto de hipótesis muy ricos para quienes se interesen en investigar temas vinculados a la tradición política de izquierdas y a la cultura obrera.

Una de las principales apuestas de esa perspectiva es la incorporación de la subjetividad política de la clase obrera al estudio de la historia reciente argentina. Con esa incorporación Pozzi hace visible toda una serie de problemas que quedan en la sombra en los estudios centrados en los cuadros dirigentes o en los contenidos programáticos de las organizaciones políticas. Entre ellos, resultan especialmente sugerentes las preguntas acerca del vínculo de los trabajadores con las organizaciones de izquierda. Tomando como eje esa problemática el autor desarrolla toda una serie de argumentos que no sólo permiten comprender que las organizaciones políticas de izquierda en las décadas de 1960 y 1970 no eran un fenómeno extraño o ajeno a la clase obrera, sino que además logran poner en evidencia que la militancia orgánica era el aspecto más visible de toda una red de prácticas mucho más difusas y menos cuantificables, pero no por ello menos importantes para explicar el auge de la lucha de clases en el período.

En este clave, la caracterización de la cultura, el sentido común, las “estructuras de sentimiento” y las tradiciones de los sectores obreros y populares provista por Pozzi permite cuestionar, o por lo menos obliga a matizar, toda una serie de premisas que han tenido amplia difusión y que

muchas veces obstaculizan la explicación de las condiciones que hicieron posible las diversas expresiones históricas de la lucha de clases en Argentina y (sobre todo) la apropiación de las experiencias de lucha histórica de los trabajadores como aprendizaje para el presente. Entre ellas, es posible subrayar el cuestionamiento a aquellas perspectivas centradas en la idea de que la clase obrera es un sujeto pasivo, un sujeto al que hay que “despertar a la conciencia” y “mover a la acción” desde afuera. En palabras del autor “debemos desplazar el eje de nuestra mirada desde la organización hacia los seres humanos (...) Esto podría permitir considerar los procesos de politización, individuales y colectivos, no tanto como producto de algunos factores determinantes de una decisión racional sino más bien como parte de una estructura de sentimiento anclada en el sentido común de los distintos sectores sociales en un momento histórica y socialmente determinado” (p. 47)

Así, la incorporación de la subjetividad política al estudio de los procesos históricos devuelve a la clase obrera su lugar como protagonista de la historia y abre nuevos niveles de análisis sobre su relación con las organizaciones políticas de izquierda. En otras palabras, la perspectiva provista por el autor permite complejizar la mirada acerca de los procesos de politización de los trabajadores al incorporar al análisis una cuestión que las clases dominantes comprendieron muy tempranamente: que el nivel de radicalización política de la clase obrera no es cuantificable en términos de cantidad de militantes de izquierda. En primer lugar, porque los vínculos de los sujetos con las organizaciones son múltiples y diversos y, en segundo lugar, porque las formas en que las prácticas de los trabajadores obstaculizan el normal desarrollo del capital no pasan única ni exclusivamente por la militancia orgánica. Esto no quiere decir que el autor considere que la organización política partidaria sea irrelevante, por el contrario, le atribuye un papel central en el estudio de los procesos de lucha de clases. Lo que muestra el libro es que esa militancia debe comprenderse como un nudo en una amplia red de prácticas contestatarias.

Un segundo aspecto que resulta particularmente relevante en este libro es que el énfasis en la necesidad de incorporar la subjetividad de los trabajadores a la historia no implica un borramiento analítico de sus condiciones materiales u objetivas de existencia. Al respecto, resulta muy interesante el modo en que Pozzi recupera el concepto de “experiencia” de E.P. Thompson como puente entre ambas dimensiones, ya que permite comprender que la cultura obrera no surge de la nada ni es un fenómeno individual, sino que hunde sus raíces en los modos en los que los sujetos sociales vivencian sus condiciones objetivas de explotación. A la luz de este concepto el autor enfatiza el rol que han tenido la pauperización y el desempleo en el debilitamiento del carácter confrontativo de la cultura de los trabajadores en las tres últimas décadas y, por esta vía, pone en evidencia la necesidad de incorporar los procesos culturales de los trabajadores como un aspecto insoslayable en el trazado de estrategias de lucha para el presente.

En tercer lugar, el texto ofrece toda una serie de propuestas acerca de cómo abordar el estudio de la subjetividad política de los sectores obreros y populares a través del recurso a la historia oral. En esto Pozzi es muy generoso al hacer explícito su recorrido de investigación. Las reflexiones en primera persona sobre la forma en que fue elaborando su perspectiva analítica y su posición como entrevistador, incluyen un análisis crítico de sus errores que son una herramienta valiosa para los interesados trabajar estas problemáticas. De modo complementario el autor problematiza una cuestión que en los últimos años ha quedado desplazada del debate sobre lo social y lo histórico: la posibilidad de construir explicaciones sobre procesos sociohistóricos de carácter general a partir del estudio de experiencias concretas. Estas preguntas y las hipótesis que plantea al respecto resultan especialmente sugestivas en un contexto en que las condiciones de producción de conocimiento al interior de la academia han llevado a circunscribir cada vez más los objetos de estudio y a priorizar los estudios de caso en una clave predominantemente descriptiva.

En síntesis, la perspectiva analítica propuesta opera una profunda desubstancialización de la historia reciente argentina al cuestionar toda una serie de postulados en general son aceptados de manera acrítica y que han penetrado profundamente en nuestro sentido común. Este cuestionamiento, que va de la mano con la incorporación de la subjetividad política de la clase obrera al análisis, permite abrir preguntas cuyas respuestas son centrales no sólo para comprender el pasado sino fundamentalmente para recuperar de ese pasado herramientas que nos permitan diseñar estrategias de lucha efectivas en el presente

Si hay algo que Pozzi transmite es su “pasión” y compromiso en relación a los temas que estudia, lo que queda evidenciado en la vehemencia de su escritura y en lo provocador de muchos de sus planteos. Esa intensidad atraviesa todo el libro y contagia. Más aún en un contexto en el que parecieran precipitarse toda esa serie de procesos que, según el autor, han tendido a profundo borramiento de aquella cultura obrera y popular que durante casi un siglo orientó las prácticas de los trabajadores. Fenómenos como la identificación de buena parte de los sectores populares con figuras que encarnan proyectos de corte neoliberal, el hondo calado que parecieran tener aquellas visiones que postulan la natural desigualdad de los seres humanos y la competencia como lógica de vinculación entre pares, y la inusitada fuerza que han tomado los discursos que relativizan, niegan o directamente reivindicaban lo sucedido durante el genocidio de la última dictadura cívico-militar (por sólo citar algunos procesos) parecieran apoyar al autor en su hipótesis de que en las últimas tres décadas los sectores dominantes han logrado resignificar buena parte de los valores y percepciones que constituían los aspectos nodales del sentido común y la cultura obrera y popular (p. 259)

¿Qué sentido tiene, entonces, tratar de caracterizar y comprender esa cultura y las condiciones históricas que la hicieron posible? Para responder a esta pregunta Pozzi nos recuerda que interrogarnos sobre el sentido del estudio de la cultura obrera y popular no es más que una forma de preguntarnos sobre el sentido de la historia. Su respuesta es contundente: el

sentido de la historia está en el presente. En un mundo en el cual la experiencia de las clases trabajadoras pareciera estar cada vez más deshistorizada, en un mundo en el cual las clases dominantes apuntan a romper la transmisión intergeneracional de los valores contestatarios que históricamente han posibilitado diversos modos de cuestionamiento al orden social, en un mundo en que esas mismas clases han logrado imponer pautas individualistas a través de la pauperización y el desempleo, conocer cuáles fueron los elementos que posibilitaron el desarrollo de una opción política de izquierda resulta fundamental para la construcción de “nuevas formas y sentidos comunes clasistas que sirvan a las reivindicaciones populares” (p. 261) En este sentido, el libro es una invitación a seguir investigando o, mejor aún, un llamado urgente a la construcción de conocimiento colectivo.



Boletín del Grupo de Trabajo
Izquierdas y luchas sociales en América Latina

Número 9 · Agosto 2024